VEJEZ DE SIGLOS

CURTIS GARLAND



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO


VEJEZ DE SIGLOS
CURTIS GARLAND
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



CURTIS GARLAND

VEJEZ DE SIGLOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 75

Publicación semanal

Aparece los viernes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 44.326 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así coma las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

70. — *Perdidos en Venus,* Cliff Bradley.

71. — *Cuando se detengan las estrellas,* Joe Mogar.

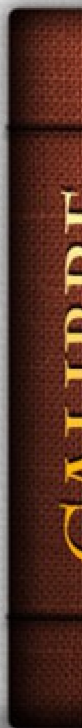
72. — *La divisoria,* Glenn Parrish.

73. — *El sol de los dioses,* Curtis Garland.

74. — *Los enemigos de la Tierra,* A. Thorkent.

Conve

Use Microsof



La Luz apareció en el cielo negro.

Brotó como un chispazo entre las nubes oscuras. Un chispazo lívido y sorprendente. Un ramalazo brusco de claridad, en la alta distancia.

Y la Luz descendió.

Los hombres miraron a lo alto. Las mujeres, también. Luego, se miraron entre sí. Ellas se acurrucaron contra ellos. Como asustadas. Como buscando protección.

—¿Qué... qué puede ser eso? —preguntó alguna de ellas, tímidamente.

Nadie contestó. Todo era silencio. Mutismo. Terror contenido, inquietud, acaso ignorancia también.

Una de las mujeres caminó por el llano. Elevó los ojos al cielo. Miró aquella chispa viajera, que se movía en un cielo sin estrellas, como el único astro visible.

—Sí... —gimió, con tono plañidero. Se volvió a los demás. El viento cálido, ululante, silbó en la llanura. Agitó los largos cabellos de la mujer, enroscándolos a su patético rostro—. ¿Qué es eso? ¡Contestad vosotros que lo podéis saber, hombres todos!

El viento ululaba todavía, y era la única respuesta a la pregunta. El hacinamiento de seres, junto a los arbustos resecos y los árboles sarmentosos, parecía un aguafuerte trágico, un claroscuro agrio y amargo.

—No sé... —dijo al fin una voz de hombre—. No puedo saberlo... Acaso un meteorito...

—No hay meteoritos ahora —suspiró alguien.

—Una estrella fugaz...

—No hay estrellas. Ni sol. Ni luna. Nada. Sólo oscuridad...

—Bueno, acaso es solamente un fenómeno atmosférico, una chispa eléctrica...

—Yo diría que tampoco es eso —rechazó otro.

—¿No? —se volvió un rostro hacia el que hablaba. Una pregunta áspera brotó del grupo—. ¿Qué puede ser, entonces?

Hubo otro silencio. Al final, alguien aventuró:

—Yo diría... yo diría que es... una nave llegada del espacio.

Se volvieron a mirar, asustados. Y sorprendidos. Acaso, también, esperanzados. La chispa celeste seguía viajando en el negro cielo. Descendía sobre el paisaje inhóspito.

—Si —convino alguien—. Parece una nave. Pero eso no es posible...

—No, no es posible —aceptó otro—. Ya no hay naves en el espacio...

Pero la chispa parecía agrandarse. Era ya una mancha luminosa. Una especie de óvalo fosforescente. Y se acercaba rápidamente. Si seguía así, no tardaría en tocar el suelo.

—Sí es una nave, se posará allá —dijo uno de los hombres, estirando el brazo y señalando hacia el horizonte, a la más amplía y llana planicie del paisaje—. Quizá sean gente de otro planeta...

—¿De qué planeta? —dudó alguien, con sarcasmo.

Una mujer rió. Y se alejó, saltando como un cabritillo, entre risas histéricas, cuajadas de burla. Desapareció en el declive, entre peñascos y matorrales. Camino de sus viviendas en el fondo de la cañada.

Los demás se miraron, incómodos. Uno de los hombres comentó, en voz alta, abrupta:

—Sí, ¿de qué planeta? Sabemos que nunca se halló ninguno habitado. Ni en nuestro Sistema Solar... ni en los más próximos de la Galaxia. Además... ¿quién tendría la idea de visitar ahora este planeta? La Tierra ya no vale la pena. No vale la pena...

Y sacudió la cabeza, con énfasis, con profunda amargura, con tremenda desolación, mientras los demás formaban una especie de grupo dantesco, alucinado, en el mundo oscuro y sin otras luces que las de las antorchas que humeaban en los muros agrietados y húmedos.

La Luz descendía. Ya era una especie de hongo luminoso, sobre sus cabezas. Y expandía una claridad fosforescente, verdosa, en torno. Sus fulgores, dibujaban sombras fantásticas contra las rocas, y sobre los arbustos retorcidos de los petrificados boscajes próximos.

—Si —dijo un hombre—. Es seguro. Se trata de una nave. No

tiene sentido, pero es una nave. Y llega del espacio exterior.

—De más allá de las nubes... —comentó una mujer temblorosa.

—Eso es. De más allá...

Silencio luego. Silencio prolongado, largo, fatigoso. Rostros anhelantes, ojos abiertos y manos engarfiadas. Mujeres y hombres. Sólo eso; mujeres y hombres. Sin edad. Sin vejez ni juventud. Ningún niño. Ningún anciano. Nada más que Hombres y Mujeres.

Al fin, la Luz se hizo forma. Y materia. Como en un nuevo Génesis.

Y la Luz se convirtió en lo que era; una Nave. Y la Nave se posó en tierra...

El viento se transformó en huracán, a ras de hierba. Se quemó ésta, pobre y rala, y algo ovoide se posó en el suelo, entre un estallido de chispas y llamas. Una superficie metálica, fosforescente, se dibujó en la noche negra de la Tierra.

La Nave se quedó quieta. Se extinguieron llamas, zumbidos, fuego. Se quedó la forma ovoide, quieta sobre el terreno pelado. Con una luminiscencia apagada, difusa, que formaba como un halo borroso, lívido, en torno a la materia quieta.

—Es una nave... —sonó otra voz ronca—. ¡Es una nave! ¿De dónde, Dios mío...?

—¿De dónde? —jadeó otra voz—. Y, sobre todo... *¿quién?* ¿Quién viene ahí dentro?

Un sobrecogedor ambiente de pánico y de incertidumbres les invadió a todos. Pero parecieron luchar contra eso. En realidad, parecían capaces de sobreponerse a cualquier sensación de miedo o de angustia. Era como si prefiriesen que algo sucediera. Lo que fuese. Bueno o malo. Quizá pensaban que siempre es mejor que algo suceda... a que nunca ocurra nada.

Y allí, hacía décadas que nada sucedía, que nada esperaban, que nada presentían...

Avanzaron unos pasos. La luminiscencia cedía. El cuerpo celeste se volvía opaco, oscuro, macizo y metálico, color plomo. Nadie salía de aquella forma. Los curiosos testigos de la llegada sideral, se sintieron más y más interesados. Menos medrosos también. Se fueron acercando. Rodearon, a distancia todavía, la forma llovida del cielo

espeso y tenebroso.

—Tiene que haber alguien dentro —habló uno.

—¿Y si no hubiera nadie... o sus ocupantes hubieran muerto?

—Pudo suceder, pero... ¿por qué, entonces, tuvo que bajar aquí?

—Esas cosas nunca se saben. Cuando se hacían naves del espacio... se les dotaba de computadoras y de sistemas automáticos de vuelo... Podían volar por sí mismas, sin ayuda de ninguna mano... Eran otros tiempos.

—Sí, eran otros tiempos...

Ojos admirados contemplaban la Nave. Y esperaban. No sabían qué, pero esperaban. Esperaban algo. Lo que fuese. Lo que hubiera allí dentro, en aquel cuerpo metálico, en aquella forma llegada de otros lugares del espacio exterior, fuera de donde fuese...

—Mirad —dijo uno—. Tiene algo escrito en el metal...

—Sí, hay letras... —agudizó otro la vista—. Pero está borroso... No se aprecia nada... Puede ser algo de nuestro planeta... o de otro. Ni siquiera se ven completos los trazos. Están medio borrados. Pero no resulta legible lo que queda... Al menos para mí, claro.

—Estoy de acuerdo —aceptó otro—. No se lee nada, pero hay trazos, rastros de letras o cifras... Toda la superficie de metal está rozada, gastada, quizá quemada, por la fricción con la atmósfera. La nuestra, o la de cualquier otro planeta...

De repente, alguien gritó:

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡La Nave abre su puerta...!

Los ojos de todos, sin excepción, se clavaron en un punto. Comprobaron que era una puerta o escotilla también oval. Y se alzaba lenta, muy lentamente.

—Dios mío... —uno de los presentes se persignó—. Hay alguien vivo adentro...

—Pero... ¿qué o quién? —gimió una mujer, asustada.

—Y eso, ¿qué importa? —masculló otro—. Después de todo... nada ni nadie será peor que lo que tenemos aquí ahora, nosotros todos.

La escotilla seguía levantándose. Levantándose…

Nadie apareció en el hueco. De momento, no se veía figura viviente alguna. Ni humana, ni no humana. Nada. Nadie.

Terminó ó de abrirse la tapa metálica. Brotó luz del interior. Una luminosidad difusa. Los rostros se inclinaron. En la noche negra de la Tierra, la claridad dibujó sombras extrañas, fantasmales, en aquellas caras lívidas, estiradas y trágicas, como manchones de luz trazados por un pintor que en vez de pintura usase luminosidad en su paleta.

—Cielos… No hay nadie… No asoma nadie… —comentó alguien, estremecido.

—Callad… —jadeó otro—. Puede ser automático todo. Acaso esté vacio…

—Sospecho que no —dijo el primero—. Mirad… ya se ve una sombra… Alguien asoma… ¡Alguien va a salir!

Era verdad. Alguien salió.

Y todos pudieron verle ahora, emergiendo de la luminosa, oval escotilla.

* * *

El Hombre miró alrededor.

No entendió de momento No podía entender, aunque lo intentó.

—Estaba todo programado —reflexionó, hablando entre clientes —. Cosmódromo Dos. ¿Esto es un cosmódromo?

Sacudió la cabeza, dentro de la escafandra blanca, esférica, dotada de perfecto visor curvo, inempañable. Los ojos miraron. Al paisaje, al cielo, a los hombres, a las mujeres. Descubrió los destellos de antorchas, reflejándose en las rocas rezumantes de agua.

—No —musitó—. No entiendo nada…

Giró la cabeza. Sus ojos miraron la pantalla del computador principal. Leyó de nuevo las cifras. Y el texto luminoso, en pantalla, informe escueto y frío del cerebro electrónico de a bordo:

PLANETA TIERRA. REGRESO. COSMODROMO DOS. POSICION CORRECTA. TIEMPO EXACTO. TODO CORRECTO. ERRORES: CERO.

Como era de esperar. Todo correcto. Eso lo decía todo. No había errores. Los sistemas automáticos habían cumplido su misión. No podía estar allí, dondequiera que fuese aquel lugar. No era posible.

Salió lenta, calmosamente, del cuerpo metálico de la nave. Sus botas plásticas, de pesadas suelas magnéticas, se adhirieron al fuselaje gastado de la Nave. Y luego a tierra. Se irguió. Miró en torno.

Alzó un brazo. Saludó, accionando con su zurda el resorte de sonido hacia el exterior. Su voz salió de la hermética escafandra por el sistema fonético de su equipo espacial:

—Hola, amigos.

Esperó, medroso. Temiendo lo peor. Quizá algo había ido mal, y estaba en otro lugar, pese a la presencia de seres humanos frente a él.

Utilizó el lenguaje internacional. El que cualquiera podía entender en su mundo, fuera el país que fuese.

Una voz le respondió, por fin, tras el largo silencio:

—Hola, viajero. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Soy Lowsky —dijo el Hombre de la Nave—. Vengo del espacio.

—¿De muy lejos?

—Muy lejos. Vengo de otros mundos. De otras galaxias lejanas. Pero soy hermano vuestro. Soy del planeta Tierra.

—Si, ya vemos. ¿Por qué te posaste aquí?

—Es el lugar prefijado —suspiró el astronauta—. Siempre está todo prefijado. La salida y el viaje, las paradas y descensos en otros mundos... y también el regreso. Con su punto de llegada exacto, que es éste. En nuestra Carta de Vuelo, el Punto Seis Cero Noventa y Siete, exactamente. El Cosmódromo Dos.

—Cosmódromo... —rió alguien, irónico—. ¿Lo ves por aquí, astronauta?

Había intención hiriente en esa frase. El Hombre de la Nave, el astronauta Lowsky, pareció entenderlo así. Miró, sorprendido, al grupo de curiosos hacinado ante él.

—No —admitió—. No lo veo. Por ninguna parte. ¿Qué sucede? ¿Dónde está el error?

—Tal vez no esté en ti. Ni en nosotros... —sonrió uno de los presentes—. Sino en lo que nos rodea. ¿Cuándo saliste de la Tierra, rumbo al espacio?

—Hace poco tiempo —se extrañó el viajero—. Relativamente, claro.

—¿Cuánto? —insistió el otro,

—Bueno, exactamente... exactamente diez años. Lo que tardé, a supervelocidad, en llegar a esas galaxias. Fueron años de vuelo, a velocidad superior a la de de la luz. Pero todo eso vosotros debéis saberlo ya, estoy seguro. Fue exactamente en diciembre del año 2136... Mis primeras Navidades, las pasé más allá de Plutón.

Se miraron ellos, hombres y mujeres. Como si no entendieran. Como si hubieran oído un disparate, un absurdo. Sacudieron sus cabezas. Miraron, perplejos, al Hombre de la Nave, al recién llegado Lowsky.

—No debiste volver... —dijo uno—. No debiste hacerlo nunca.

—Y menos si te marchaste de aquí en el 2136... —observó otro.

—¿Por qué no había de hacerlo? —se extrañó el viajero del espacio—. Es lo programado. Yo siempre cumplo lo programado. Como todos.

—¿Todos? ¿Qué *todos*?

—Los astronautas, claro. El Cuerpo de tripulantes de la Supernaves intergalácticas...

—Sólo debes quedar tú, Lowsky.

—¿Sólo yo? —miró en torno, perplejo—. Cielos...

¿Qué pretendéis decirme? ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está el Cosmódromo? ¿No ha habido error en la toma de tierra?

—Me temo que no. Ningún error... al menos de espacio.

—¿Qué quieres decir?

—Que esto debió ser un día el Cosmódromo que tú buscas. Pudo serlo, sin duda. Pero ya no lo es. Nada es como lo dejaste. Ocurrieron muchas cosas desde tu marcha a otra Galaxia, Lowsky. Muchas cosas... y ninguna agradable.

—¿Qué... qué ha sucedido? —jadeó el Hombre de la Nave, aterrado.

—Guerras. Pestes. Epidemias. Matanzas. Enfermedades horribles. Vapores venenosos, gases y armas bacteriológicas... El estallido de la Luna, su fin, su transformación en polvo negro que gira en torno a nosotros, como una masa oscura e insondable, entre nubarrones letales... El fin de naciones, de pueblos, de ciudades, de civilización en suma... El caos. La gran catástrofe, Lowsky.

—La gran catástrofe... —demudado, retrocedió. Tambaleante, golpeó su traje espacial contra el fuselaje gris de su nave—. ¡El fin del Mundo!

—Poco menos —sonrió el interlocutor—. Aún no hemos terminado. Pero queda poco. Muy poco, Lowsky. Sí; es el fin del mundo... o lo será en breve.

—Dios mío, no... —alzó sus manos enguantadas hacia el negro cielo sin astros, en un gesto de plegaria y desesperación—. Y todo tan poco tiempo... En sólo diez años...

—¿Diez años? —el otro soltó una carcajada—. Ahí está tu error, Lowsky. Y el de tu nave, y el de tu computadora, por perfecta que sea. No sé lo que ocurriría allá arriba; no sé cómo ni en qué forma llegaste a otra galaxia, ni cómo pudiste regresar. Pero esos diez años tuyos, esos diez años que crees haber vivido fuera de la Tierra... son más. Muchos más.

—¿Qué... qué significa...? —se estremeció el astronauta, temiendo entender.

—Que vuelves un poco tarde a tu mundo, Lowsky —rió acremente su interlocutor—. Te fuiste en el año 2136... y este año en que vuelves a tu mundo... es el año 2659 de la Era Cristiana... ¿Te das cuenta, Lowsky? Has tardado... has tardado QUINIENTOS AÑOS en volver...

Conve

Use Microsof

Quinientos años.

Cinco siglos. Cinco increíbles, imposibles siglos...

Lowsky entendió. Se horrorizó. No le dio crédito. Pero comprendió. Y no dijo nada. No hubiera podido hacerlo tampoco. No era capaz de nada. No ahora.

Sólo escaparon unas palabras, muy pocas, de entre sus labios apretados:

—Cinco siglos... Quinientos años de ausencia... ¡No pudo suceder así! ¡Yo no puedo ser un hombre que haya vivido casi seiscientos años…!

Y se quedó encogido, demudado, perplejo, hundido por el peso de la tremenda verdad, ante las miradas patéticas, burlonas o conmiserativas, de aquellos semejantes suyos, de aquellos seres que le habían revelado lo insólito, lo inaudito.

—Sé que no puedes admitirlo, amigo —suspiró el que hablara antes. Se encogió luego de hombros, con fatalismo—. Pero es así. Yo tampoco lo entiendo muy bien, para serte sincero. No sé lo que puede haberte ocurrido. No sé lo que es el Tiempo, fuera de lo que entiendo por tal desde que nací hasta hoy, hasta este mil veces maldito día de hoy... Pero sé que estamos en el año 2659. Y si tú no estás en un error respecto a la fecha en que abandonaste este planeta... han transcurrido cinco largos siglos para la Humanidad. Cinco siglos para la Tierra... aunque no sé cuántos para ti, Lowsky, amigo...

El astronauta, trémulo, tocó su escafandra. Por primera vez pareció darse cuenta de no estaba en un mundo extraño y ominoso, sino en su propio planeta, en el lugar donde nació y se hizo hombre una vez. En una atmósfera respirable, con oxígeno... a pesar de aquella insondable, atroz negrura, aquellas nubes espesas, que acaso no eran siquiera nubes, sino toneladas de polvo lunar en órbita, alrededor de la Tierra, envolviendo en cenizas los días y las noches del mundo que perdió su satélite...

—Creo... creo que es mejor despojarme de esto —dijo—. Supongo que aún se puede respirar en el mundo. En mi mundo. En nuestro mundo...

—Sí, aún puede respirarse... aunque no sé por cuánto tiempo —suspiró su interlocutor, con amargura.

El astronauta se despojó de su escafandra espacial, soltando los

tornillos especiales que la ajustaban al cuello hermético de su traje sideral. Respiró hondo. Agitó su cabeza, de cabellos rubios, muy rubios y lisos.

Hombres y mujeres le contemplaron con mudo estupor. Trató de sonreírles, y ellos dieron un paso atrás, como si algo en él les asustara.

—¿Qué sucede? —preguntó, alarmado—. ¿Acaso… acaso mi aspecto…?

Se tocó el rostro, con dedos indecisos. Rozó sus facciones, su mentón enérgico, su nariz recta, su piel rasurada, sus salientes pómulos, sus mejillas enjutas, su cabello abundante y su frente amplia y serena. No notó nada raro en todo ello. Era todo lo que le era familiar. Su rostro. Sus rasgos. Era él. El, como se recordaba a sí mismo, visto en cualquier espejo.

—No, amigo —jadeó el hombre que hablaba en nombre de todos —. No es tu aspecto. O si lo es, se trata de todo lo contrario a cuanto puedas pensar. Eres… eres un hombre joven, un hombre fuerte, enérgico, con vitalidad, con brillo en tus pupilas… Eres… como cualquiera de nosotros. Como yo mismo. Y yo tengo treinta y dos años, Lowsky, ¿Entiendes ahora lo que sentimos?

—Sí… —susurró el viajero del espacio—. Lo entiendo muy bien, amigo… Yo… no puedo ser como vosotros… después de cinco siglos en el espacio…

—Exacto, amigo. No puedes ser igual. Pero lo eres. ¿Qué ha podido suceder? ¿A qué se debe ese prodigio?

—No lo sé —susurró ahogadamente Lowsky—. No lo sé… y eso es lo que me aterra.

* * *

Contempló el ambiente en torno. Sacudió la cabeza, deprimido.

—No… No es posible —murmuró—. ¿*Esto* son sus viviendas?

—Sí. Nuestras viviendas de ahora.

—Simples cavernas… Orificios en la roca… y antorchas como luz —Lowsky lo abarcó todo, incrédulo. En los muros húmedos, llameaban los hachones engrasados, dando una luz oscilante, medieval

—. ¿Adonde ha ido a parar el mundo?

—Al fin. Ya te lo dije —miró en torno—. Todos esperamos. Simplemente eso; esperamos el fin. Sin remedio.

—No veo niños... Ni ancianos —musitó Lowsky, sorprendido—. Todos sois jóvenes...

—Los ancianos fueron exterminados.

—¡Exterminados!

—Y los niños, sacrificados.

—No... Eso es... es monstruoso.

—Según como se vean las cosas. Es monstruoso destruir vidas humanas. Pero es más monstruoso permitir que el horror siga adelante.

—¿El horror?

—Sí. El mismo que nos obliga a vivir sin envejecer. A ser exterminados cuando nos hagamos viejos. Y á impedir que nazcan criaturas. A evitar la reproducción. Sea como sea.

—Pero... ¿por qué todo eso? —se escandalizó Lowsky, sentándose en uno de los muebles de piedra, toscamente labrados, como pudieron serlo los primeros imaginados por el hombre en el albor de la Humanidad—. ¿Por qué?

—Lowsky, te seré sincero —el hombre se sentó frente a él, en el borde de una rudimentaria mesa de piedra, circular, que vagamente, a Lowsky le recordó la remota Tabla Redonda del rey Arturo—. Mi nombre es Unkel. Este fue un mundo muy diferente, después de irte tú en tu periplo cósmico. Superior, incluso, al que dejaste. Llegamos a la supercivilización. Se deshumanizó la sociedad, la forma de vida, el concepto de todas las cosas. Creo... creo que incluso olvidamos a Dios. Y eso trajo el castigo.

—Te escucho, Unkel. ¿Qué sucedió entonces?

—Te cuento la Historia que yo aprendí. Me tocó vivir lo peor. Después de la Guerra Universal. La última, claro. No podía haber más. Todo se aniquiló. Los adversarios, los países, las potencias que desencadenaron el caos, no serían sin duda las que tú imaginas, porque el poderío de los pueblos evoluciona y cambia con los siglos, tú lo sabes. Lo cierto es que estalló esa guerra estúpida, cruel y

aniquiladora. Terminó con todo. Y lo que quedó, los que sobrevivimos… vale más que no hubiéramos quedado. La muerte era mejor. Más piadosa con nosotros, cuando menos.

—De modo que sois lo único que queda. Los últimos de la Humanidad… —jadeó Lowsky.

—No, amigo mío. No somos solamente nosotros. Hay más.

—¿Más? —brillaron, esperanzados, los ojos de Lowsky.

—Sí. Pero aleja de ti toda esperanza. No pienses en ellos. Nunca los verás. Y si los ves, será cuando seas demasiado viejo, y estorbes. Entonces… vendrán a exterminarte. Porque así está escrito. Es la Ley.

—¿Qué ley? ¿Hay leyes todavía, en un mundo que se aniquiló a sí mismo?

—Si. La ley de la Ciudad.

—¿La… *Ciudad*? —pestañeó Lowsky. Tuvo un leve temblor de excitación—. ¿Es que… existe aún… una ciudad?

—La Ciudad. Sólo una, Lowsky: La Ciudad. Se la llama también La Ciudad de la Vida y de la Ciencia. Allí, todo es diferente. Hay edificios, viviendas, ambiente respirable, luz y trabajo, alimentos, comodidades…

—Pero… pero, ¿por qué, habiendo todo eso, estáis vosotros aquí, como parias, como simples animales…?

—Porque nosotros, Lowsky, somos… los Contaminados. Los Enfermos.

—¿Los… qué?

—Infectados. Víctimas de la Contaminación. Agonizantes en vida. Como apestados de esta nueva época. Los leprosos del siglo XXVII. ¿No resulta incluso gracioso?

—No, no me resulta gracioso, Unkel —musitó el astronauta, tenso. Sus ojos revelaron angustia, compasión. Y también inquietud—. Yo, por el simple hecho de estar con vosotros, de haber descendido aquí… seré también… un Contaminado. Un Enfermo.

—Sí. Lo eres, Lowsky. Lo hubieras sido, aun con tu escafandra hermética y todo.

—Te equivocas. Este uniforme es hermético a la radiactividad.

—¿Quién ha hablado aquí de radiactividad? —soltó Unkel una agria risa entre dientes, para añadir después, con amargura—: No, amigo. No es radiactividad lo que los contamina. El peligro atómico quedó atrás. Fue otro poder el que destruyó la vida y la civilización de la Tierra. Y ahora, lo que nos enfermó, lo que nos destruye, lo que nos aísla, como a bestias o leprosos, lejos de La Ciudad… no es ninguna radiación, sino… el Mal de Metzengard…

—¿El Mal de Metzengard? —arrugó el ceño Lowsky—. ¿Y… qué es eso, Unkel?

En ese momento, a espaldas de Lowsky, sonó un terrible alarido. Hubo gritos, voces de terror, revuelo. Unkel desorbitó sus ojos, fijos a espaldas del cosmonauta. Este se volvió con sobresalto, al tiempo que Unkel le decía, con voz sorda:

—¿Preguntas lo que es el Mal de Metzengard? Pues ahí lo tienes, Lowsky. ¡Eso es el Mal que nos contaminó!

Lowsky lo vio entonces. Supo lo que era el Mal de Metzengard.

Y el horror le paralizó.

* * *

Ahora ya sabía lo que era "el Mal de Metzengard".

Lo tenía allí. Ante sus ojos. Era una evidencia. La prueba palpable de lo que significaba la contaminación. La atroz, increíble "contaminación" de algo que Lowsky no podía explicarse todavía…

—¡Matadlo! —gritó alguien, en el aterrorizado grupo—. ¡Le ha afectado el Mal! ¡Hizo crisis, no hay remedio! ¡Matadlo! ¡Tiene el Mal de Metzengard, en su último grado.

Y le mataron.

Con verdadero estupor, con alucinado pánico, Lowsky, el hombre que había vuelto de los espacios, asistió al sacrificio de un ser humano. O de lo que "aquello" pudiera ser…

Porque ya poco tenía de humano. Lowsky, aterrado, le vio venir sobre él, engarfiadas sus manos, dispuesto a atacarle, a hacer sólo Dios sabía qué, sobre su persona indefensa.

Ellos lo evitaron. Brutal, primariamente, cayeron sobre el Contaminado. Le agredieron. Le apalearon furiosamente, hasta abatirlo en tierra. Una vez allí, con ferocidad inaudita, siguieron golpeando, golpeando. Y muchos utilizaban fragmentos rocosos, auténticos objetos contundentes de piedra viva.

—No, por Dios, no... —jadeó Lowsky, con horror, estirando sus manos—. No lo hagan... Es horrible...

—¿Horrible? —repitió con sarcasmo el hombre llamado Unkel —. Escucha, Lowsky, amigo. Yo sólo pido que a mí, cuando me llegue la crisis inevitable, cuando sea lo mismo que es ahora ese pobre diablo... todos tengan la misma falta de compasión, la misma tremenda fuerza y valor para destruirme, para acabar conmigo... Lo pido a Dios, se lo pido a ellos. Y a ti mismo, si eres tú quien me ve de ese mismo modo, Lowsky. Entonces, no dudes. Dudar sería terrible. Dudar, sería la muerte. Para ti, para otros. Y ningún bien para mí. Ni para el pobre diablo enfermo... a quien vieras así.

—Pero es espantoso... —separó con angustia sus ojos de aquel grupo salvaje, casi bestial machacando ferozmente al ser enfermo.

—Sí. Es espantoso. Pero se ha de hacer. Es lo mejor. Lo más humano. Lo más razonable...

Lowsky no contestó. Contempló al grupo jadeante, que se detenía en su acto destructor, que tiraba los objetos utilizados para linchar a su camarada, enfermo... Ellos le miraron, con repentina humildad, con lástima, con dolor incluso. Se retiraron despacio, en silencio.

Lowsky fue hasta el caído. Se inclinó. Le contempló, sin tocarle, con una rodilla en el duro suelo de la caverna.

—De modo... de modo que eso es el Mal, ¿verdad? —jadeó.

—Sí. Eso es el Mal. Lo descubrió un médico, el doctor Metzengard. También él murió de lo mismo, amigo. ¿Te das cuenta?

—¿Y todos lo lleváis?

—Todos —le señaló—. Incluso tú...

Se estremeció Lowsky. Contemplaba a aquel ser, aterrado. Pensar que él, también él, podía llegar a ser idéntico en un futuro más o menos próximo, causaba auténtico pavor.

—¿Ya me he contaminado? —dudó.

—Apenas pisaste el planeta —sonrió tristemente Unkel—. Las radiaciones fluyen de todas partes. Del suelo, del aire, de nosotros... Penetran todo. Incluso la roca, las ropas herméticas, el metal, los plásticos, la piel humana o animal... Y TODOS somos finalmente... *eso*.

Eso.

Lowsky asintió. La palabra despectiva, horripilante, estaba bien aplicada. Porque ya *aquello* no era un ser humano. No era un animal. No era nada conocido.

Solamente una espantosa masa informe, blanda, adiposa. Como gelatina húmeda, viscosa, purulenta, aplastada en la piedra de la caverna. Conservaba algo de hombre: sus extremidades, simples tentáculos ahora, provistos de ventosas oblongas. Su cabeza, ahora una fofa masa redondeada, con vello húmedo entre porosidades que supuraban algo pegajoso y denso, color siena. Las viejas ropas miserables, desgarradas al crecer el cuerpo, hincharse y reventar, cosa que él había presenciado, aterrado, cuando todos cayeron sobre la víctima, empezando su feroz linchamiento.

Luego, la forma humana se perdía, se diluía, hasta tomar aquella forma horrible. Además, despedía un olor hediondo, repugnante, que producía náuseas.

—Cielos... ¿Y no tiene remedio alguno? —musitó, sin desviar sus ojos de la forma atroz.

—No. En absoluto.

—¿Qué síntomas produce?

—Pronto los notarás. Náuseas frecuentes. Una insensibilidad paulatina de las yemas de tus dedos... Luego, algo de fiebre, palpitaciones violentas de sienes, sueño inquieto, con pesadillas extrañas... Y sed. Mucha sed, Lowsky. Siempre sed... —se volvió, tomando un primitivo cuenco con un liquido lechoso, que bebió, ávido Sonrió, tirando el cuenco vacío—. Es mejor tomar un calmante con el líquido. Y un medicamento que proyectó a medias el doctor Metzengard. No lo perfeccionó. Sólo aplaza la crisis final, cuando el cuerpo revienta y se convierte en... en *otra materia*.

—Entiendo —suspiró Lowsky—. ¿Y La Ciudad...?

—Inmune. Aislada a todo. Incluso al virus de Metzengard.

—¿Aislada? ¿Cómo? El plástico, el metal, los tejidos herméticos no protegen...

—Ellos hallaron algo. El Vitroflex.

—¿Vitroflex? ¿Qué es?

—No sé. Nadie lo sabe. Sólo Los Sabios. Ellos residen allí. Tienen sus familias, su fuerza militar con envolturas de Vitroflex. Y con naves ligeras, aisladas magnéticamente. Controlan el exterior. No permiten entrar a nadie. Nadie sale tampoco de La Ciudad. Sería ridículo. Les condenaría también a ellos. Allí cultivan alimentos artificiales, allí lo producen todo. El ambiente es puro, es aséptico. Se defienden como fieras.

—Y sacrifican a los demás. Podrían intentar algo, luchar por el bien común...

—Luchan sólo por su propio bien. Nosotros no contamos ya. Somos los Contaminados. Debemos irnos arrastrando como bestias, hasta morir. Si alguien envejece sin sufrir la crisis que nos obligue a eliminarlo... ellos lo detectan y vienen a por el anciano. Lo sacrifican en el acto. También controlan los nacimientos, Y los destruyen igualmente.

—¿Cómo pueden controlar todo esto? —señaló a su alrededor, a la roca viva de las cavernas—. ¿Vienen frecuentemente por aquí?

—No les hace falta —Unkel apoyó su mano firme sobre unas rocas negras, circulares, espejeantes, que salpicaban los muros, a trechos—. Esto les basta.

—Parecen piedras pulimentadas —dijo Lowsky curioso—. O espejos de roca tallada. ¿Qué significa?

—Significa que *nos ven*. Nos vigilan. Nos controlan —rió Unkel, con amargura —. Son fragmentos de electronita, la piedra traída de Júpiter en el siglo XXV... Una piedra rica en electricidad, fiel conductora, emisora y receptora de ondas electrónicas. Sirven de auténticos objetivos de televisión. Sin contacto alguno con las estaciones receptoras, emiten las imágenes exactas que captan. Ahora mismo, Lowsky... tú estás captado y registrado ya, en los computadores electrónicos del control viviente de La Ciudad. Eres ya, sencillamente, uno de nosotros. Uno más entre los Contaminados. Nunca entrarás en. La Ciudad. Serías destruido, si tal intentaras. En el acto.

—Todo esto es monstruoso, injusto, incorrecto. No es el medio de luchar contra una dolencia, por terrible que ésta sea... —se quejó Lowsky—. ¿Qué clase de seres ha dado la nueva Humanidad? ¿Gente

insensible al dolor ajeno, a la muerte, al horror de una dolencia que provoca semejante transfiguración…?

—Ya te lo dije. El mundo dejó de ser el que tú conociste. En tu ausencia, muchas cosas cambiaron, no lo dudes.

—No, no puedo dudarlo —miró con asco, pero también con lástima, aquel cuerpo tendido a sus pies. Sé irguió, trabajosamente—. Y… y si no hubiera sido muerto… del modo que lo fue…, ¿qué hubiera podido hacer ese pobre diablo… convertido en esa cosa horrible?

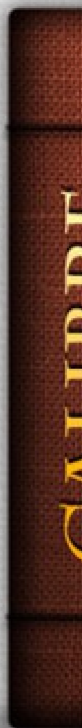
Unkel le miró largamente. Iba a hablar. Pero no llegó a hacerlo. Lo hizo alguien, al lado mismo de Lowsky, poniendo una mano sobre su hombro. Una delgada, larga, pálida y casi aristocrática mano de mujer.

La voz femenina, suave, melosa, casi musical, sonó en sus oídos, con terrible crudeza:

—¿Preguntas qué hubiera podido hacer ese hombre, en plena crisis final del Mal de Metzengard? Yo te responderé, viajero del cielo… Yo te diré lo que hubiera hecho, de no ser muerto como una alimaña. Te hubiera devorado a ti. Como mi propio padre intentó devorarme a mí, cuando se convirtió en una masa monstruosa y horrible como esa que ves ahí tendida…

Conve

Use Microsof



—¡Es él, señor. No hay duda.

—¿Con total seguridad?

—Total. Todo coincide. Forma de la nave, materia, inscripción medio borrada... y datos personales de su único viajero. La Memoria Histórica ha coincidido en todos los datos. La ficha es la suya, seleccionada por el computador central: Astronauta Lowsky, Número 1.007 del Ciclo de Expediciones Galácticas. Siglo XII.

—¡Siglo XXII! De eso hace ya quinientos años...

—Algo más, señor. Justamente quinientos veintitrés años... Esa nave partió del planeta Tierra hace quinientos veintitrés años, en el 2136...

—Cielos... Y ahora, ese hombre con más de cinco siglos de edad..., ¡es un Contaminado!

—No puede evitarse ya. Lo es. Está en las viviendas de los Enfermos.

—Lástima... Si hubiera aterrizado en La Ciudad, hubiera sido posible tal vez descontaminarle con nuestros procedimientos nuevos... y nos hubiera resultado muy útil su sabiduría de siglos...

—Pero señor, su edad..., su edad también es de siglos... y, sin embargo, aparenta sólo treinta años, como máximo... Eso no tiene explicación biológica alguna. Ni siquiera nuestros más avanzados experimentos de supervivencia alcanzaron el centenar de años con ese físico, esa apariencia, que he podido comprobar en las pantallas reproductoras de *electronita*...

—No importa lo que ello sea. No podemos comprobar nada. No tenemos ocasión de experimentar ni analizar al que regresó. El hecho de ser un Contaminado, le excluye definitivamente de todo afán científico. Nadie que posea el Mal de Metzengard en su cuerpo, puede penetrar en La Ciudad. Eso es todo, Control Doce.

—Sí, señor —dijo sumisamente el Control Doce.

Y cerró la Máquina Pensadora Tres, con la que había estado hablando, a través de sus circuitos parlantes

A su alrededor, La Ciudad, fría, luminosa y aséptica seguía con su silencio, su calma y su mecanismo rígido de siempre.

Desde que las Máquinas Pensadoras eran las dueñas de La

Ciudad, todo era allí siempre igual. Inexorable, fatalmente igual.

* * *

—¿Quién eres tú?

—Una mujer. Solamente eso. Una mujer contaminada. Una enferma más. Como tú. Como todos. Esto es un gran lazareto que tiene por residencia el mundo entero. Un mundo oscuro, silencioso, triste y casi muerto.

—Aparte de ser una Contaminada y una mujer…, ¿qué más eres? ¿Cuál es tu nombre? —quiso saber Lowsky.

—Ewa —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Ewa… —masculló Lowsky, pensativo. Elevó sus Ojos al negro cielo polvoriento, de nubes de oscura ceniza eterna—. En Ewa empezó y en Ewa terminará…

—Es como un círculo —sonrió ella, entendiéndole. Siguió paseando a su lado por el yermo negro y basáltico—. Sin principio ni fin.

—Principio, fin… Todo se confunde. Un círculo cerrado. Eterno. No sé, Ewa. No entiendo nada. No sé lo que sucede. No sé lo que me ocurrió a mí. No sé lo que es el Tiempo. Ni el Espacio. Aunque se supone que yo debería saberlo mejor que nadie.

—¿Es verdad lo que dice Unkel? —se interesó ella, curiosa— ¿Tienes tantos años?

—¿Años? Siglos, Ewa… Es una vejez de siglos la mía. aunque no la aparente… Pero no me ha servido de nada. No sé nada. No serví de nada. No vengo de ninguna parte, ni voy a ningún sitio…

—Extraño destino el tuyo, Lowsky. Partiste un día, hace cinco siglos… para volver ahora, cuando todo terminó…

—Sí, todo terminó… Para mí, ya había terminado antes. Mis amigos, mi familia, mí hogar… Nada de eso sobrevive quinientos años. Algo sucedió allá arriba. Llegué a un límite ignorado por el Hombre, y rompí las normas establecidas… Pero no sé cómo sucedió. No puedo saberlo. Sólo sé que regresé y…

No dijo más. Ewa se detuvo. Le miró, pensativa. Profundamente pensativa.

—Lowsky… ¿Tenías… tenías esposa, hijos…?

—No —negó él—. Por fortuna, no…

—¿Novia, prometida?

—No, tampoco. Chicas amigas, alguna que me gustaba más que otra… Nada serio. Tenía hermanos. Y parientes. Amigos. Un sobrino joven… Eso era todo. Ya no queda nada. Hace siglos de eso, Ewa.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué puedo hacer? Creo que no hay salida. Es lo que dijo Unkel.

—Es la verdad. Pero tú…tú tienes la nave.

—La nave… —suspiró él—. Sí, es cierto. Tengo la nave. ¿Y de qué me serviría ya?

—¿No puedes despegar de nuevo, huir de este mundo agónico? —sugirió Ewa, deteniéndose y mirándole con fijeza.

—No, no puedo. No poseo suficiente energía de reserva —se quejó él. Miró a lo alto, a la noche sombría, en busca de unas estrellas que no podía ver. En pos del brillo lejano de unos astros que él había conocido de cerca, de muy cerca… y que ahora el velo tenebroso de las nubes de cenizas lunares le impedían descubrir en la bóveda inmensa del Cosmos—. Y bien que me gustaría…

—Lowsky, yo… yo nunca hablé con un hombre que… que hubiera visitado las estrellas, que haya viajado por el espacio. ¿Cómo… cómo es todo ello?

—Sublime. Fantástico, Ewa —suspiró el astronauta—. Y terrible a la vez.

—¿Terrible?

—Sí… Yo podría hablarte de cosas que vi, de cosas que presencié, realmente fuera de todo lo conocido. Criaturas que en nada se parecían a las que siempre imaginamos, seres sin ninguna semejanza con nosotros, con los animales de la Tierra siquiera… Mundos habitados, faunas increíbles, insólita vegetación, materias y colores nunca soñados por el Hombre… Traía mi informe, mis datos,

mis experiencias. Y me encuentro con que nadie me pregunta nada, a nadie le interesa nada, porque aquí, en la Tierra, nada importa, sino morir con el menor sufrimiento posible… Es atroz, Ewa. Saber tantas cosas… y no poderlas revelar a nadie. No importa ya nada.

—Lowsky, ¿cómo pudieron transcurrir tan pocos años en tu viaje espacial… y tantos en este regreso, durante tu ausencia de la Tierra?

—Creo, Ewa, que esa respuesta nunca la tendremos. Ninguno de nosotros —musitó él, buscando de nuevo, estérilmente, las luces del Universo perdido tras las tinieblas—. Yo mismo no lo sé. Pienso a veces si habré olvidado algo, si mi mente guarda algún secreto a mi mismo, si habré dormido siglos enteros, sin saberlo, sin haber advertido que ocurriera nada. Pero nada sé tampoco. Nada puedo afirmar, negar o discutir. Ni me preocupa ya tampoco. Como vosotros decís, nada vale la pena, después de ver cómo vivís, lo que sucedió y sucede en mi mundo, el terrible destino a que todos estamos abocados.

—Yo, sin embargo, no me resigno —dijo Ewa inesperadamente. Y su mirada fue casi patética. Luego, aferró a Lowsky por ambos brazos, llegando a tratar de zarandear su sólida, rígida humanidad—. ¡No me resigno! ¿Entiendes, Lowsky? ¡No quiero morir, no quiero ser aplastada por todos los demás… como una alimaña, ni quiero devorar a otros seres, como un nuevo Saturno!

Los ojos de Lowsky brillaron. La miró, perplejo, maravillado incluso. Respiró con fuerza, con una energía que había llegado a olvidar.

—Sí… —habló roncamente—. Sí, Ewa… Así deberían pensar todos. Unkel y los demás. Pero están resignados. Se rindieron hace tiempo. Aceptan su arrastrar por una oscura vida de angustia, terrores y humillación…

—¡Yo, no! —casi chilló Ewa, con sus mejillas leve mente enrojecidas—. Yo no, Lowsky! ¡Deseo luchar quiero luchar, defenderme de algún modo, buscar alguna oportunidad, una sola posibilidad de supervivencia!

—¿Y si no la hubiera?

—¡Aun así lucharía! ¡Todo es mejor que rendirse sentarse a esperar la muerte propia y la ajena.

—Bien… —los ojos claros y fríos de Lowsky revelaron energía, determinación e incluso coraje redivivo—. Eso está bien, Ewa. Me gusta. Me agrada que alguien opine así. Ya somos dos.

—¿Dos? —le miró, sorprendida.

—Si, Ewa. Tú... y yo.

—¿Estás dispuesto a luchar? —se esperanzó.

—Lo estuve siempre. Mi vida fue lucha. Siempre lucha, Ewa... Aquí, en tierra firme, o en el lejano espacio cósmico. Nada me arredra. Nada me asusta. Cuando uno salva distancias entre galaxias, cuando uno sabe que su cuerpo, su materia, se ha distendido con la velocidad superior a la luz, hasta no ser nada, salvo un ramalazo de claridad disperso en el Cosmos, se olvida de toda clase de temores y de inquietudes. Se acepta la muerte como algo inevitable, que puede surgir en cualquier momento.

—Lowsky, ¿qué se puede hacer? —murmuró ella—. ¿Qué modo de luchar existe?

—No lo sé. Aún no lo sé —resopló—. Pero tengo laboratorios en mi nave. Me procuraré unos tejidos de esa cosa en que se convirtió uno de nosotros... Analizaré su nueva materia, sus células, la razón de su horrible metamorfosis...

—Sí, Lowsky, hazlo. Hazlo, te lo ruego... Yo te ayudaré. Yo procuraré tejidos de ese ser —se estremeció, pensando sin duda en el contacto con aquella materia repulsiva. Pero se dominó con admirable valentía, y añadió—: Dios quiera que tengamos tiempo...

—Tiempo... ¿Sabes cuánto tiempo tarda en hacer crisis la dolencia, en incubarse definitivamente el Mal, saliendo esa horrible forma nueva?

—No hay fechas fijas, ni periodos concretos. He visto transformarse a personas en menos de un mes. Otras, tardan años. Algunas aún no han sufrido la metamorfosis... Mi padre, tardó cosa de siete meses... —tembló, angustiada, cerrando sus ojos—. Fue espantoso, Lowsky. Yo le quería. Y él a mí... De repente, se convirtió en *algo* que no era él, quiso devorarme. Grité, grité llena de horror. Llegaron los otros. Acabaron con él como con otros... Pero era mi padre, ¿entiendes? Para mí, seguía siendo mi padre, pese a todo...

—Te entiendo. Sólo que ya no era. Ni mental, ni físicamente. Esa enfermedad debe alterar las células, deformarlas, destruir todo lo humano, aniquilar el cerebro y transformar los tejidos en algo inexplicable... Es preciso descubrir en qué consiste ese Mal. Y luchar, Ewa. Luchar contra él...

—Unkel y los demás no admitirán nuestra rebeldía, Lowsky. No les gustaría que intentáramos algo. Ellos dicen que es cruel luchar contra lo imposible, permitir que los demás alimenten esperanzas e ilusiones, para luego sufrir la misma suerte. Tienen prohibido intentar nada, luchar contra el Mal Sólo se permite la resignación. Y me temo que en La Ciudad también opinan igual, y nos atacarían, si supieran lo que pretendemos. Nos destruirían, como destruyen a niños y ancianos.

—Por tanto, mantendremos silencio —sonrió Lowsky tomando a la joven Ewa por una mano. Contempló su pálida belleza, sus cabellos suavemente dorados, largos y sedosos, su expresión triste, sus grandes ojos pardos, muy abiertos, en la eterna penumbra de la noche terrestre sin luna ni estrellas—. ¿Entiendes? No diremos nada. Actuaremos en secreto. Y es posible que así resulte todo mejor...

—Dios lo quiera, Lowsky —musitó ella, fervorosa.

—Lo querrá —dijo el astronauta, elevando los ojos al negro cielo —. Aunque ahora parezca que lo tenemos más lejano que nunca... presiento que Dios sigue con nosotros, Ewa. Mañana, cuando amanezca, será el momento de iniciar la tarea...

—Si, Lowsky. Mañana...

* * *

Ya era "mañana".

Y un mañana diferente a todo cuanto Lowsky conocía en su planeta, en su mundo. Un día torvo, gris, apagado, sin otra luz que la de un sol nublado por toneladas de polvo lunar. Un amanecer color plomo, denso, sofocante, agrio y alucinante.

A su luz dantesca, las cavernas eran hoyos para bestias, el paisaje ceniciento y negruzco, como una masa de pizarra y basalto, salpicada de sarmientos y arbustos retorcidos.

Y en todo aquel mundo de pesadilla, unos seres silenciosos, resignados, vestidos con jirones, arrastrando su lenta agonía, limitándose a esperar. A esperar la muerte, sin siquiera fuerzas para luchar, para rebelarse.

Como fantasmas. Como espectros supervivientes de un mundo ya extinguido.

Lowsky miró en derredor, angustiado. Sintió en su corazón un auténtico dogal de pesimismo y desolación. Comprendió en parte a aquella gente. Aquellos días y noches eran como para destruir cualquier ánimo, cualquier moral, cualquier rebeldía.

Nunca una prisión para el Hombre, había sido tan grande, tan inmensa… y tan sombría y terrible a la vez. Como si invisibles y gigantescos muros cerraran toda salida.

Toda, excepto una: la negra salida hacia la Muerte.

Se incorporó, con un bostezo. Su sueño había sido inquieto, lleno de sobresaltos, de angustias sin fin… Su sueño no le había dado mucho descanso a su cuerpo maltrecho y a su mente fatigada. Pero al menos, había dormido un poco. Podía iniciar el nuevo día. Podía empezar su secreta lucha contra la resignación, contra la mortal indiferencia, contra el propio y terrorífico Mal de Metzengard…

Caminó sin rumbo, bajo la luz cenicienta del tétrico día terrestre. El aire era seco, caliente y áspero. Quemaba la piel, y la rozaba de arenilla irritante, que acaso era simple ceniza lunar…

Se detuvo cerca de su nave. Fingió indiferencia. Unkel se hallaba frente al vehículo espacial, contemplándolo curioso. Giró la cabeza al verle llegar.

—¿Descansaste bien, Lowsky? —preguntó, sonriente

—No, nada bien —confesó el astronauta.

—Lo imaginaba. Irás cambiando con el tiempo. Te acostumbrarás.

—¿Puede uno habituarse a ciertas cosas, Unkel?

—Puede uno acostumbrarse a todo, no lo dudes.

—Pues yo lo dudo.

—El tiempo te lo dirá con mayor convicción que yo —suspiró Unkel.

—El tiempo… —Lowsky sonrió con amargura—. ¿Qué sabes tú del tiempo? ¿Qué sabemos ninguno? Ni siquiera yo, que he saltado sobre él…

Caminó hacia la escotilla de su nave. Unkel le contempló, curioso.

—¿Vas a entrar ahí? —indagó.

—¿Por qué no? ¿Quieres entrar, Unkel?

—Me gustaría ver cómo fueron esas maravillosas máquinas creadas por nuestros antecesores. Sí, gracias. Entraré.

Lowsky disimuló su disgusto. No debía revelar nada a Unkel ni a los demás. Ellos no lo entenderían. No querían luchar. Y él, sí. El estaba esperando ahora a Ewa, con muestras del tejido de aquella "cosa" espantable en que se convertían los enfermos del Mal de Metzengard.

Pero no podía hacer otra cosa. Unkel entró tras él en la nave cósmica.

—¿No conservan ya ninguna en La Ciudad? —se interesó Lowsky, bajando la escalerilla al interior de la nave intergaláctica.

—No lo sé. Nadie entró nunca en La Ciudad, para contárnoslo. Posiblemente tengan alguna, como pieza de museo. Sólo eso. No pueden salir tampoco de allí. No pueden cruzar el espacio. Es la decadencia total. El esplendor terminó hace siglos, Lowsky.

Asintió el cosmonauta sin hacer comentarios. No se acercó al laboratorio situado al fondo de la astronave, y dotado de toda clase de elementos químicos y electrónicos para el estudio de cualquier materia. No le interesaba en absoluto que Unkel metiera excesivamente la nariz en esas cuestiones. Era mejor así.

Le fue mostrando los mecanismos de vuelo, los avances tecnológicos que condujeron al ser humano a visitar otras galaxias, el procedimiento de desintegración de materia que podía permitir a nave y tripulante salvar la velocidad de la luz, materializándose en otros remotos puntos del Cosmos, por medio de la recopilación de los impulsos electrónicos en que se transformaba la materia.

Unkel, admirado, terminó la visita a la cápsula, y miró con asombro a su interlocutor.

—Cielos, Lowsky, ¿por qué tuviste que volver? —murmuró—. Cualquier lugar del Universo hubiera sido una bendición del cielo, al lado de este maldito planeta...

—Yo no podía saberlo. Y tenía que volver, un día. Tarde o temprano, Unkel. Al parecer, fue demasiado tarde...

—Sí —suspiró el otro—. Demasiado tarde... Bien, me voy. Ya he

visto suficientes maravillas. Si quieres quedarte, hazlo. Yo voy afuera, con mi gente...

—En seguida iré con vosotros. Quiero repasar mi diario de a bordo, grabado electrónicamente. Deseo averiguar por qué fueron quinientos años y no diez, como yo imaginé... y como el calendario electrónico de a bordo señala.

Unkel se encogió de hombros, saliendo de la cápsula Lowsky le vio alejarse, hasta perderse entre los montículos grises. Apenas hubo desaparecido, emergió Ewa.

Ella se ocultaba tras unos negros peñascos. Llevaba algo en su mano, envuelto en tela recia. Se volvió, hacia donde Unkel se alejara. Luego, corrió hacía la nave. Entró en ella. Lowsky la esperaba, sonriente.

—Hola —saludó ella—. Esperé a que Unkel se fuese...

—Sí, ya lo imaginé. Chica lista... ¿Traes... *eso*?

—Fue difícil, pero lo logré. Habían enterrado los residuos. No fue agradable, pero...

—Eres muy valiente —tomó el envoltorio—. Dame eso. Lo llevaré al laboratorio...

—Sí, Lowsky. Espero que saques algo en claro. No hay laboratorios aquí. Sólo en La Ciudad. Y de allí, nadie sabe nada de nada. Nunca pudo entrar nadie en ella. Está prohibido.

—Lo sé —tomó aquel envoltorio, dominando su propia repugnancia. Caminó hacia el fondo de la pequeña nave. Ewa, curiosa, miraba en torno, a los mecanismos e ingenios de a bordo—. Sabremos sin duda lo que es esa materia. Lo importante, es llegar a saber cómo vencer el mal...

—Dios nos ayudará —musitó Lowsky. Y alzando su rostro hacia Ewa, añadió—: Eso espero,

Súbitamente, Ewa lanzó un grito agudo. Palideció intensamente, mirando con horror a Lowsky.

—¡Ewa! —masculló él, alarmado—. ¿Qué sucede...?

—Lowsky... —jadeó ella, lívida, dilatados sus bellos ojos con profundo pánico, sin desviarlos de él—. Lowsky, tu rostro...

—¿Qué le ocurre a mi rostro? —el horror sacudió al astronauta con un escalofrío—. No será… que… que estoy *mutándome yo*…

—No, no es eso —gimió Ewa, angustiada—. Lowsky, tu rostro… está *envejeciendo*… ¡TE ESTAN SALIENDO ARRUGAS, TU FAZ SE ENVEJECE RAPIDAMENTE!

Envejecía. Al fin, su naturaleza adquiría su edad real.

Quinientos años de vejez… Una vejez de siglos…

Conve

Use Microsof

—Oh, no, ahora no... —casi sollozó Lowsky—. No es por mí, sino por ti... por los demás...

—Lowsky, es... es horrible... —se lamentó ella, estremecida, dando un paso atrás—. Tu cara... es increíblemente vieja ahora...

Se precipitó el astronauta hacia un espejo metálico, el único a bordo. Se miró a sí mismo, sin reconocerse. Tembló, y contempló, patético, sus manos rugosas, deformes.

—Dios del cielo... —gimió—. Nunca nadie fue tan viejo...

Su cabello era blanco ahora. Blanco de plata. Su faz, un montón de arrugas, con unos ojos apagados en medio. Sus manos, sarmentosas y vacilantes, sus piernas débiles y estremecidas...

—Lowsky, ¿cómo... cómo pudo ser? —se quejó ella, desesperada.

—Tenía que ocurrir. No se pueden desafiar ciertas leyes universales, Ewa. Ellos tenían razón. No fueron diez años, sino cientos de ellos. Siglos y siglos sobre mí... Al fin, aparece mi verdadera edad... El organismo se adaptó a la Tierra, la edad se hizo de nuevo factible, mi cuerpo evolucionó conforme a su vejez... Estamos perdidos, Ewa. Moriré de viejo en escasos minutos... Siento que los años, las décadas, los siglos incluso, caen sobre mí como losas de mucho peso, me aplastan, me agobian...

—Ya nunca podrás... analizar esas muestras... Luchar contra el Mal de Metzengard...

—No, Ewa. Nunca. Moriré en breve. Agotado, extinguido, harto de vivir, sin haber vivido siquiera... —se pasó una mano temblorosa por sus canas de siglos—. Ewa lo siento por ti... por los demás... Era... la única esperanza quizá. La única oportunidad... y se ha perdido. ¿Por qué, Dios mío, por qué tuvo que sucederme eso a mí? No pedí una vida tan larga, pero ahora necesitaba vivir. Más que nunca...

Su cuerpo se negaba a sostenerle. Cayó de rodilla delante de los mandos. Sus dedos rugosos, inseguro temblaban sobre las teclas de control. *Partida, Vuelo, Supervelocidad, Descenso, Gravidez Artificial, Hibernación, Rumbo, Transmisión de Materia*... Eran simples nombres, indicadores en el teclado de acción de la nave cósmica.

—Lowsky, si pudiera hacer algo por ti, por nosotros todos... —sollozó Ewa, acercándose a él sin temor, sin reparo alguno, tomándole su mano temblorosa.

—Hacer tú... —la miró, patético—. ¿Qué puedes hacer tú, criatura...?

—No sé. Algo, lo que fuese...

—Sí, acaso... —los ojos viejos de centurias se clavaban en ella, cada vez más apagados, más perdidos entre una red inextricable de arrugas, en un rostro increíblemente anciano y vencido—. Sí, Ewa... ¡Hazlo!

—¿Qué, Lowsky? —indagó ella, apremiante.

—Esa tecla... —señaló una roja—. ¡Oprímela! Y sea lo que Dios quiera...

—Lowsky, ¿qué... qué significa esa tecla roja?

—¡Oprímela! —aulló el anciano con sus últimas energías.

—Si, sí... —musitó Ewa.

Y pulsó la tecla roja.

Hubo un estallido formidable. Ewa gritó. Fue lanzada contra los muros metálicos, lo mismo que su anciano compañero. Rodaron por el interior de la nave, sacudida por un impulso poderoso, devastador.

Del suelo negro y ceniciento, se remontó una llamarada hacia el cielo tenebroso. Se perdió la nave cósmica entre el polvo lunar Se hundió en el día triste y gris.

Unkel, atónito, giró su cabeza. Miró al cielo. Vio desaparecer el óvalo metálico, el chispazo deslumbrante de los reactores que movían la nave...

Y ésta, definitivamente, desapareció.

—¡Dios! —aulló Unkel, demudado—. ¡Lowsky! ¡Se ha ido hacia el espacio de nuevo.

Alguien, cerca de él, sentenció, sombrío.

—Y Ewa iba con él, Unkel... Yo la vi entrar en la nave...

Unkel, lívido, se limitó a mirar hacia el cielo, sin comprender lo que Lowsky pretendía. Pero solamente masculló algunas pocas palabras amenazadoras:

—Si algún día vuelve, le mataré... Le mataré, por habernos

engañado a todos... y por llevarse a la infortunada Ewa... que era lo único por lo que valía la pena seguir viviendo...

* * *

—Esa tecla ahora. ¡Esa, la azul!.

—Es... es Supervelocidad.

—Si, sí. Púlsala. Al mismo tiempo, oprime la tecla naranja, la de Transmisión de Materia... ¡Hazlo, Ewa!

Lo hizo, con un suspiro. Oprimió ambos resortes a la vez. La nave pareció distenderse, se hizo luz, algo inmaterial, moviéndose en un ámbito hueco... Ewa sintió como si su cerebro se disparase, su cuerpo se volatizase descomponiéndose...

Un raudal de luz era todo lo que veía. Sabía que existía, que era ella aún, pero como viajando en otra Dimensión, hecha aire, luz, algo etéreo e intangible, liviano y vertiginoso a la vez...

Supo que viajaba más veloz que la propia luz, hecha impulsos electrónicos en el espacio sideral. Alejándose a millones de millas por minuto, rumbo a otros mundos y otros rincones cósmicos.

Luego, paulatinamente, la sensación decreció. Todo cobró su apariencia normal, su tridimensional estructura. Estaba a bordo de la nave. Y también él, Lowsky.

Un Lowsky joven, atlético, fuerte y enjuto. El Lowsky rubio, nervudo, risueño, el viajero del espacio a quien conociera anteriormente. Antes de envejecer...

—Eres tú otra vez... Como eras en principio... —musitó, sacudiendo aturdida la cabeza.

—Sí —suspiró él—. Ahora he entendido. Ahora sé lo que sucedió. Y lo que sucede. De no partir de la Tierra... ya estaría muerto. De puro viejo, Ewa. Extinguido... con cientos de años sobre mi cuerpo...

—Lowsky, vuelves a ser joven, arrogante...

—Quizá sea pura ilusión, no sé. Pero aquí, en la Supervelocidad, en otros confines del Universo, viví siglos enteros sin envejecer. Aquí

está la razón de ser siempre como era al iniciar mi viaje… Volver a la Tierra… es morir. Morir de viejo, no de ningún mal ni dolencia, Ewa.

—Morir es siempre lo mismo. Pero verte convertido en una ruina humana…

—Sin duda lo soy, en el fondo —suspiró Lowsky—. Hay muchas cosas que ignoro, muchas cosas que no puedo interpretar ni entender. Pero sé que he vuelto a ser quien era, apenas salí de las leyes inmutables de la vida humana, en nuestro propio mundo.

—¿Y… dónde estamos ahora?

—No sé… se inclinó, mirando un indicador de su panel de mandos—. Parece ser que en los límites de nuestra Galaxia… Luego viene el Gran Salto. Y otras Galaxias, otros mundos y otros conceptos de vida…

—¿Tú los conoces?

—Los conozco, sí —se frotó las sienes, pensativo—. Y a veces creo que conozco más, mucho más. Algo que no sé si lo soñé, lo viví… o lo imaginé. Pero que, de todos modos, lo he olvidado… Algo que puede cubrir esos quinientos años ignorados de mi larga vida sideral…

—Lowsky, dijiste que tu nave… no tenía energía suficiente para… para salir del planeta Tierra… ¿Cómo pudiste lograrlo?

—Lo intenté, porque no había otra cosa que hacer. Y resultó bien. La energía de reserva es mínima. Tenemos que llegar a alguna parte, y pronto. O nos perderemos para siempre en el espacio, Ewa.

—¿Qué importa eso? —le miró profundamente—. Estoy bien a tu lado. Me siento a gusto aquí. Morir por morir, no importa cómo ni dónde sea… Prefiero cualquier cosa al Mal de Metzengard…

—No podemos estar seguros de que el Mal no sobreviva a distancia cósmica. Depende de que los virus o bacterias viajen con nosotros más allá de la barrera lumínica o no. Todo es aún un enigma. Pero mientras viajemos, mientras dure ya la inercia y las baterías solares alimenten los centros de energía impulsora, podíamos intentar algo: podemos finalizar esos tejidos enfermos, tratar de saber algo más…

—Sí, Lowsky. Intentémoslo… —miró por los visores de la nave, a la negrura inmensa, sin puntos de referencia, en la que lejanas estrellas eran apenas fugaces destellos perdiéndose en la distancia infinita—. Ahora hay tiempo para todo.

—O no hay tiempo para nada —musitó Lowsky, encogiéndose de hombros—. Quizá, incluso, estemos muy por encima del Tiempo, tal como lo entendemos lo humanos...

Y se encaminó al laboratorio, dispuesto a trabajar en aquel estudio de tejidos alterados por el Mal de Metzengard...

Mientras tanto, sus cuerpos, su nave, toda la materia que ellos formaban, seguía su vuelo fantástico, más allá de los límites de la luz. Hacía el infinito. Hacia lo desconocido. Hacia otras Galaxias, donde ya antes viviera Lowsky... durante cinco misteriosos e ignorado siglos...

* * *

—Es horrible, Ewa...

—¿Qué es lo horrible? —se volvió ella, sobresaltada.

El alzó en sus dedos la diminuta, microscópica pieza, sujeta por las pinzas de plata. Informó, con voz ahogada:

—Es una especie de virus... Se transmite por simple convivencia. Se extiende en el aire, como esporas adhesivas, que se dirigen a cualquier forma viviente. También logran diluirse, introducirse entre cualquier tejido, por hermético que sea, convertidos en microorganismos, en simples radiaciones... Un virus especial. Unicelular. Una sola célula viva.

—¿Viva?

—Sí. Existe por sí misma. Acaso, incluso, *piense*.

—¡Oh, no!

—Sería horrible. Pero sí; creo que piensa. Tiene algo similar a... a un microcerebro o casa parecida. Es un ente diminuto y terrible, cruel y destructor. En grandes masas, formará una dolencia aterradora. El Mal de Metzengard, por ejemplo...

—Según eso... ¿qué puede uno imaginar? ¿Que cada cosa viva en que se transforma un ser humano... es una aglomeración de pequeñas *cosas vivas*?

—Eso es. E independientes entre sí. Unidas solamente por un común afán; el afán de devorar, de absorber a otros seres vivos, quizá porque su glotonería es inmensa, voraz.

—¿Se puede luchar contra algo así?

—No lo sé. Sólo me he dado cuenta de lo que es esa materia, esa especie de virus. También creo que ese virus no tiene efecto alguno sobre nadie, en cuanto se sale de los límites de la vida terrestre y se cruza el espacio a supervelocidad. Es... es como la propia vejez mía. Se evita al sobrepasar los límites de la luz. Una vez aquí, Ewa... estamos al margen de muchas leyes naturales.

—Y una de esas leyes... es el Mal de Metzengard...

—Sí, posiblemente sí —sonrió Lowsky.

—Y después..., ¿qué sucederá?

—Después... —encogió sus hombros, perplejos—. Después, Ewa, ¿quién puede saberlo?

—Sí. ¿Quién puede saberlo? —musitó ella, como un triste eco. Y permaneció silenciosa, sin añadir nada más a su pregunta anterior.

Sus ojos se clavaron ahora en el indicador de velocidad. Una letra luminosa aparecía allí. La S, que significaba "Superluz". Velocidad superior a los trescientos mil quilómetros por segundo...

Lowsky, el otra vez joven y enérgico Lowsky, tan lejano del anciano que partió de la Tierra, como podía estarlo ahora la astronave, a inmensa distancia del planeta Tierra, e incluso del propio Sistema Solar, manejó los mandos, con su mirada fija en la pequeña pantalla electrónica que señalaba su rumbo en el Cosmos. Cifras, signos y trayectorias luminosas, desfilaban por aquella pantalla, indicando al navegante de los océanos vacíos del espacio, la ruta y los datos de aquel viaje sin destino, huyendo de un planeta agonizante, de una enfermedad terrorífica y de una ancianidad que era el más inminente peligro de muerte.

Transcurrieron segundos. Acaso eran minutos. O años...

—Debemos reducir velocidad —jadeó Lowsky de repente.

—¿Reducir? —ella se volvió vivamente—. ¿Qué significa eso?

—La energía impulsora —el astronauta señaló un indicador que casi marcaba la línea cero—. Se agota, Ewa.

—Eso..., ¿qué significa?

—Significa que hemos de posarnos en alguna parte —suspiró

Lowsky—. Donde sea.

—¿Habrá algún lugar?

—Reduciré la marcha cerca de algún planeta. Luego, intentaré posarme en él. No sé cuál pueda ser. Imaginé que había más energía, pero se ha agotado rápidamente. La velocidad superluminica absorbe con celeridad las reservas energéticas.

—¿Y si ese planeta no tiene atmósfera respirable? —sugirió Ewa.

—Posiblemente no la tenga. Eso no es problema —presionó un resorte mural. Cedió un panel curvo, y se abrió éste mostrando hasta tres atavíos especiales con escafandras, similares al que él llevó anteriormente, al posarse en la Tierra—. En viajes tan largos y difíciles, hay que prever, ante todo, un posible fallo repetido, en las indumentarias espaciales —explicó—. Por ello llevo varios juegos. Usa una, Ewa. Saldremos al planeta, si es preciso. Habiendo suelo firme a pisar, no hay peligro. La reserva de oxígeno en cada traje, es de un mínimo de diez horas. Es todo lo que podemos resistir, en caso de peligro.

—¿Y… dentro de la nave?

—Aquí, las reservas son mayores. Existe un sistema especial de producción de oxígeno, que es por medio de disolución de cápsulas concentradas de oxígeno, mientras dura el funcionamiento de las fotocélulas solares. Siempre hay algún sol que da luz a las baterías, haciendo actuar los disolventes.

—Sí, entiendo eso —musitó Ewa, tomando el liviano pero hermético tejido de un atavío espacial color azul celeste—. Ojalá todo salga bien, Lowsky.

—Ewa, no sé si ocurrirá así —murmuró él, pensativo, apoyando una mano en su brazo—. Pero te puedo asegurar algo. Sólo pretendo salvarte a ti. Y salvar también a Unkel, a los demás supervivientes de mi propio planeta… Mi vida importa poco. He comprobado cuál es mi penosa realidad. Debo vivir lejos siempre de la Tierra. O morir en ella de viejo, apenas lleve en ella unas horas.

—Lowsky, ¿qué vas a hacer, entonces, en el futuro? —indagó ella, trémula.

—El futuro… —rió él—. Antes será preciso saber sí tengo futuro…

Y no necesitaba añadir más. La gran incógnita quedaba allí,

latente. Sin respuesta posible. Sin una afirmación. Pendiente de la respuesta que diese la propia vida.

Una vida que ahora, para Lowsky y su compañera de la Tierra, iba a empezar lejos del mundo ceniciento y trágico que dejaran abajo. Lejos de todo lo siniestro que suponía el mal insólito de Metzengard... Lejos de La Ciudad, de los Contaminados, dé un planeta cuyo satélite había sido convertido en polvo, y circundaba con nubes de ceniza la órbita terrestre, hasta el fin de los siglos.

En un punto desconocido y remoto de otras Galaxias, adonde habían llegado a mayor velocidad que la Luz. En un ignorado rincón del Cosmos infinito.

Acaso en los confines de lo conocido. O más allá de lo imaginado...

El dedo firme de Lowsky pulsó una tecla blanca. Era la de *Freno*. Luego, presionó otra de color verde, Era la de *Descenso*.

Allá, en la pantalla luminiscente de las ondas magnéticas, apareció una forma, una amplia curva. Una curva que era un suelo. Un terreno firme, acaso. O pantanoso. O mortífero.

—Mira —susurró Lowsky—. Es un mundo. No sé cuál, pero un mundo. Estamos descendiendo. Ya perdemos velocidad. Y altura. Vamos hacia su superficie, atraídos por una gravedad de la proporción 3,6, con respecto a la Tierra. Es mucho mayor. Y resulta curioso...

—¿Qué es lo que resulta curioso? —se intrigó Ewa.

—Esa proporción gravitatoria del planeta... —golpeó con energía un disco de cinta magnética, en el computador—. Aquí, en mi Diario de a bordo, tengo un informe, el último que escribí antes... antes de un lapsus o paréntesis en blanco de casi quinientos años... Es muy curioso, Ewa...

—Pero..., ¿por qué, Lowsky?

—Porque esa misma proporción gravitatoria de 3,6... corresponde a algún planeta donde ya entonces estuve... y del que nada recuerdo, ni nada aparece grabado en mi Diario, hasta que salí de él... no sé aún cuándo, pese a que el calendario de a bordo señalase solamente unas pocas horas después, y yo recuerde, borrosamente, en mi subconsciente, algo así como la rara visión de unas brumas púrpura, de un mar amarillo y fosforescente... algo que, sin duda, sólo existid en mi imaginación y...

—¡Lowsky! —gritó agudamente Ewa, al mirar por uno de los visores de la nave, súbitamente—. ¡Estamos atravesando una capa de nieblas púrpura… y, descendemos sobre un mar amarillo, fosforescente…!

Conve

Use Microsof

Era cierto.

—Imposible... — musitó —. Tuvo que ser sólo un sueño...

—Eso no es un sueño —avisó Ewa—. O ambos dormimos, en ese caso... y soñamos igual.

El astronauta se frotó los ojos. Jirones de purpúreas nubes desfilaban tras su visor. Descendía la nave, pausada, como un globo. Abajo, un sol radiante, se reflejaba en espesas aguas amarillas, doradas, cuya espuma tenía una rara fosforescencia...

—Entonces ocurrió... Existía ese planeta... Pero no es posible volver a él... después de un viaje tan largo... y utilizando la Supervelocidad. Ni siquiera intenté... regresar a ninguna parte. En el infinito cósmico es IMPOSIBLE regresar a un mismo punto, sin intentarlo, como mínimo.

—Pero has regresado.

—Sí, he regresado... y eso es lo que me asombra. Y casi me asusta, Ewa...

—¿Por qué, Lowsky?

—Quisiera saberlo, cuando menos. Es un miedo a algo que ignoro. A algo desconocido, que debe estar ahí abajo, en ese mundo de mares amarillos y nubes púrpura... Un mundo que yo visité antes, pero del que nada recuerdo... y al que vuelvo sin saber cómo ni por qué...

Esta vez, Ewa se mantuvo callada. Sus ojos no se separaban del fondo amarillo de aquellas aguas extrañas y desconocidas. La niebla púrpura era cada vez más| difusa y débil. Se difuminaba allá en la densa atmósfera del mundo sorprendente al que descendía la nave con| velocidad reposada, en activo sus frenos automáticos, para evitar que una fricción excesiva incendiara la cápsula, provocando la muerte segura de sus ocupantes.

—Será mejor sentarse —señaló Lowsky los asientos frontales de la nave—. La gravedad artificial de la nave, así como la anti-presión, no bastarán, cuando toquemos suelo firme... si lo tocamos. Ven, Ewa.

—Sí, Lowsky.

Se acomodó ella a su lado. Presionó Lowsky un resorte. Unas bandas magnéticas se ciñeron en torno suyo, reteniéndoles en sus asientos. La nave aceleró, pero frenada por sus sistemas automáticos. Aun así, el cuerpo sufría una rara impresión, una distensión física

sorprendente e incómoda.

Lowsky cerró los ojos, en su escafandra. Ella, también.

La nave, finalmente, sufrió un brusco impacto. Se percibió un crujido. Y se quedó inmóvil. Inmóvil en alguna parte… en algún mundo. En algún rincón del Cosmos.

Pero… *¿dónde?*

Quizá la respuesta llegaría ahora. Inmediatamente.

Por el momento, una rara somnolencia se apoderaba de los astronautas. Lowsky miró a Ewa; y Ewa a Lowsky. Ambos comprobaron que sufrían una común sensación de sopor que cerraba sus ojos. Quisieron luchar contra ella. No pudieron.

Se adormecieron, en sus asientos de la nave llegada a aquel mundo ignorado.

Y la respuesta tuvo que esperar. Esperar a que ellos despertaran…

Si es que despertaban.

* * *

—¿Dónde está el astronauta, Unkel?

—No lo sé.

—Mientes. ¿Dónde está él ahora?

—¡Repito que no lo sé! —aulló Unkel, furioso. Se irguió, exaltado—. ¡El se llevó a la chica a quien yo amaba en silencio! ¿Creen que no revelaría su paradero, si lo conociese?

—Insistimos, Unkel. ¿Dónde está esa nave, dónde está el terrestre que volvió a la Tierra?

—Si tan poderosos e inteligentes sois los habitantes de La Ciudad, ¿por qué no respondéis a ello, malditos cerdos?

Una fuerte sacudida eléctrica, agitó el cuerpo de Unkel, en su asiento, frente a los Interrogadores Volantes de La Ciudad. Las livianas naves herméticas, aisladas respecto a los posibles virus

contaminadores, flotaban sobre él. Una energía desconocida, le retenía contra aquel sillar pétreo, donde era interrogado por seres ocultos, a quienes no podía vislumbrar, en sus asientos de las monoplazas flotantes.

Chilló Unkel, dolorido, rabioso. Miró con odio a las impávidas naves. La voz siguió llegando por ocultos altavoces, hasta él:

—No protestes. No te rebeles. No te está permitido. Someteos. Todos debéis someteros. Sois débiles, enfermos, miserables. Sois piltrafas vivientes. ¡Responde, Unkel! O serás exterminado. Y contigo tus amigos. ¿Dónde está el astronauta?

—¿Por qué él os asusta y preocupa tanto? —rió Unkel, burlón—. ¿Le teméis? ¿Acaso Lowsky os puede poner en jaque, largándose a otro lugar con su nave?

—Responde, sin preguntar estupideces, Unkel —una nueva descarga le sacudió, obligándole a emitir un chillido de fiera herida. Luego, fría, duramente, la voz insistió—: Habla. ¿Qué sabes?

—¡Nada, nada, malditos seáis todos, inmundos tiranos! —rugió —. ¡Matadme, si queréis, pero nada podré deciros! ¿Es que no os dais cuenta, necios, de que nada sé ni nada puedo revelar? ¡Ese hombre llegó, vio morir a uno de los nuestros, tomó consigo a Ewa, y se marchó otra vez, rumbo a otros lugares! ¡Y ojalá pudiéramos todos hacer igual, y veros algún día a vosotros, puercos odiosos, revolcándoos enfermos, presos del Mal de Metzengard, devorándoos unos a otros!

Un tercer trallazo eléctrico fue tan intenso, que le derribó dando volteretas entre las rocas con su piel cárdena. Las naves se elevaron, partiendo como flechas, de regreso a La Ciudad.

Aún dolorido, abrasado, rabioso con cuanto le rodeaba, Unkel alzó la cabeza, les miró con furia, y agitó un puño, con vivo coraje.

—Perros... ¡Bastardos! —jadeó—. ¡Id a vuestra orgullosa y maligna Ciudad, revelad a los Amos lo que os dijo Unkel! ¡Es la verdad-, cochinos engendros vivientes! ¡Unkel nada sabe, se alegra de ello! ¡Y si Lowsky ha de volver un día para destruiros, bien venido sea, aunque se llevase a Ewa consigo!

Luego, golpeó con ira el suelo terrestre, calcinado y sombrío, en un paroxismo de rabia, de frenético coraje. Al erguirse, sus ojos llameaban. Las quemaduras manchaban su piel de amplias huellas violáceas.

—No voy a someterme más… —silabeó—. ¡Nunca más! ¡Lucharé contra vosotros, contra mi enfermedad, contra todo y contra todos! ¡Pero especialmente contra La Ciudad y sus tiranos! ¡Debo morir, de un modo u otro, a corto plazo! ¡Lo haré matando, si ello es posible, hatajo de viles y cobardes caciques deshumanizados!

Se alejó a la carrera, saltando entre peñascos, iracundo y exasperado. Parecía una fiera acosada, rabiosa, llena de justo afán de revancha contra los que le hacían daño y le trataban como a una bestia, y no como a un ser humano.

Pero desgraciadamente, esos estallidos de furia, eran tan débiles como ineficaces, en un pueblo como el Contaminado. La Ciudad, hermética, orgullosa, inaccesible y llena de poder, no permitiría nunca que los miserables enfermos terrestres, los nuevos leprosos de la época apocalíptica, alcanzasen su aséptico recinto, a prueba de toda invasión.

Por eso luego, cuando Unkel alcanzó un reguero de fangosa agua sucia, y se arrojó en ella, maldiciendo entre dientes, estaba llorando. Llorando su impotencia, su desesperación inútil, desgarrada…

Una voz suave, amable, cálida, musitó cerca de él:

—Unkel, ¿por qué lloras? Unkel, ¿por qué…?

El levantó los ojos. Miró sollozante, las lágrimas corriendo por su rostro, mezcladas con fango grisáceo. Su voz sonó ahogada:

—Anura… Anura, nunca me sentí peor. Nunca más humillado, más lleno de vergüenza, de odio, de rencor, y de impotencia.

—Vamos, Unkel, querido, cálmate… serena tus nervios, no te dejes llevar por la ira. Es peligroso…

—Peligroso… ¿Qué me importa a mí el peligro ya? —clamó Unkel con rabia—. Estamos en un peligro constante… Luchamos contra una enfermedad que nos matará a todos… y contra unos seres sin piedad, que nos ven morir sin levantar un dedo para ayudarnos… e incluso obligándonos a sacrificar a ancianos, a niños, si es que nacen… ¡Anura!

—Sí, Unkel… —se extrañó ella, mirándole sorprendida—. ¿Qué te ocurre?

—Anura, es… es una orden mía, ¿entiendes?

—¿Una orden? —pestañeó ella, morena y pálida a la vez, de

pelo oscuro y piel olivácea—. No, no creo entenderte...

—Anura, me aceptasteis por director vuestro, por patriarca casi, ¿no es cierto?

—Sabes que sí. Sabes que te respetamos, te obedecemos...

—Bien. Respetadme desde ahora. Más que nunca. Obedecedme ahora. ¡Más que nunca!

— Pero ...¿en qué, Unkel? —dudó ella.

—En esto, Anura... ¡Tened hijos!

—¿Qué? —gimió, aturdida.

—Sí, Anura... Tened hijos... ¡Parid, dad a luz nuevas criaturas al mundo! Digan lo que digan en La Ciudad... ¡sed madres de nuevo!

—Unkel... —se horrorizó ella—. Eso... eso está penado...

—¿Penado? ¿Por quién? ¡Por la ley de La Ciudad! ¿Qué me importa a mí semejante ley? ¿Qué diablos me importa nada?

—Harán matar a los niños...

—No. Nadie dirá nada. Es un tema "tabú". Prohibido mencionarlo. Procread. Pero no revelarlo. Tened hijos, sin decirlo. Sin demostrarlo nunca, al menos ante los emisores de *electronita*. Fingid que todo sigue igual.

—Y..., ¿cuando vengan al mundo esas criaturas?

—Iremos a las llanuras, a los bosques petrificados, donde no hay *electronitas*... Lejos de La Ciudad y sus verdugos...

—Pero los niños, Unkel... ¡los niños nacerán enfermos, contaminados! Será monstruoso dar vida a semejantes seres...

—Anura, hay algo que hemos olvidado durante siglos... Algo que tal vez recordó ese hombre de otra época, criado entre Tecnología y Ciencia... Me refiero al fugitivo Lowsky.

—¿Qué olvidamos, Unkel?

—La Química. La Medicina. Todo. Hay que buscar, investigar, experimentar... ¡Hemos de encontrar algo que combata ese virus, microbio, o lo que sea!

—Será imposible, Unkel...

—Tal vez sea improbable. Pero no imposible —encajó sus mandíbulas él—. De momento, mi orden es ésta: ¡procread de nuevo, Anura! Y callad. Ocultadlo incluso a vosotros mismos, como si ninguno pudiéramos saber nada… Luego, esperad. Esperad, Anura.

—¿A qué? ¿A morir nosotros… y ver morir a nuestros hijos, convertidos en monstruos?

—No, Anura. Esperad a que más allá de los bosques petrificados, en las ruinas olvidadas de Centrópolis… yo busque algo. Un laboratorio, unos viejos medicamentos, unas fórmulas ya perdidas en el tiempo… Hay que luchar. ¡Y lucharé!

—Lucharemos, Unkel, si ésa es tu convicción —ella le rodeó con un brazo, amorosa—. Y ya que Ewa te abandonó… procrearemos, si tú lo deseas…

—Sí, Anura —asintió él, con voz tierna—. Tendremos hijos… tú y yo… y todos los demás… Recuerda; es una orden. Una orden secreta… que nadie debe conocer.

Y el nuevo rebelde terrestre, regresó junto a Anura, al lado de los suyos, en las cavernas primitivas en que vivían aislados, acosados, olvidados, entregados a su suerte.

* * *

—Control Siete…

—¿Sí, señor?

—Informe sobre Lowsky, Astronauta del siglo XXII, número 1.007 del Ciclo de Expediciones Galácticas.

—Informe completo. Llegó a la Tierra. Se unió a los Contaminados. Escapó con su nave espacial inesperadamente. Se llevó a Ewa, una Contaminada. Rumbo desconocido. Datos ignorados. Unkel nada sabe.

—¿Fue interrogado?

—Sí. Patrulla de Policía Seis. Interrogatorio negativo. Insultó a La Ciudad y sus dirigentes. Conato de rebeldía. Fue atacado con electrolátigo. Parece no saber nada.

—Vigilad a los Contaminados. Reprimid cualquier rebeldía. Amenazad a Unkel. Si reincide... eliminadlo.

—Sí, señor.

—Avisen Torre de la Ciencia. Científicos Cuerpo Tres. Localicen espacio exterior, paradero nave terrestre del siglo XXII tripulada por Lowsky. Urgente. Máxima importancia.

—Avisaré Torre de la Ciencia, Cuerpo Científico Tres. ¿Algo más?

—Nada. Si localizan nave, informen. Si regresa... ¡destrúyanla! Y a Lowsky con ella. Sin informe previo.

—Entendido, señor. Corto.

Y Control Siete, cerró comunicación en los circuitos electrónicos, con la Máquina Pensadora Dos. Cuando la Pensadora Dos se ocupaba del caso, es que era importante. Por encima de ella, sólo quedaba la Suprema. La Máquina Pensadora Uno. La que movía toda La Ciudad. La fría, luminosa, hermética y esterilizada Ciudad de la Vida y de la Ciencia, último reducto de supercivilización en la superficie terrestre.

Control Siete comunicó inmediatamente con la Torre de la Ciencia, Cuerpo Científico Dos. Avisó a Patrullas de Policía, del Uno al Veinte.

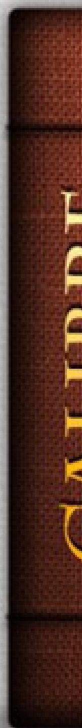
Todo seguía en orden, inmutable, entre los muros magnéticos de la urbe y su barrera de luz repelente. Helada y sordamente, el gran poder de las Máquinas Pensadoras, sus Controles, su Policía y su Torre de la Ciencia, mantenían la despiadada hegemonía de los superiores, en un mundo contaminado, al borde del apocalipsis final.

Pero ahora, había una orden de vigilancia sobre Unkel, con riesgo de ejecución para éste. Y una orden tajante de ejecución inmediata, sin paliativos, para el astronauta Lowsky, al que desde ahora buscarían los potentes radiotelescopios de la Torre de la Ciencia, escudriñando los más remotos confines del Universo, en busca de una nave cósmica, en la que viajaba aquel hombre, Lowsky...

El primer ser humano que había llegado a preocupar a las implacables, despiadadas, gélidas Máquinas Pensadoras de La Ciudad...

Conve

Use Microsof



La última imagen evocada, era un océano amarillo, fosforescente. Y jirones de brumas púrpura.

Ese era el recuerdo postrero. Luego, el sueño, la inconsciencia total.

Ahora...

Ahora, esto...

Lowsky pestañeó. Miró a ambos lados. Estaba solo. Ni rastro de Ewa. Ni rastro de su nave espacial. Estaba en otro lugar. En otro recinto muy diferente.

Era como sentirse dentro de un diamante. Muros esquinados, faceteados, vidriosos, tornasolando los colores, quebrando la luz en iris increíbles. Justa esa era la imagen; dentro de un colosal, purísimo diamante. Pero era una habitación. O una celda. Una hermosa y helada celda de vidrio. O de algo muy parecido.

Miró a ambos lados. Pestañeó, perplejo.

Más allá de los muros diamantinos, de aristas numerosas, de superficies cristalinas donde la luz se hacía franjas polícromas, nada apenas. Sólo brumas, perfiles borrosos. Algo que no sabía lo que podía ser.

Respiró hondo. Miró el lugar en que se hallaba tendido. Un lecho de vidrio. Y ante él, a sus pies, una especie de máquina con pantalla. Por esa pantalla, verde fluorescente, desfilaban lívidos zigzagueos de luz. Como pulsaciones de un cardiograma. Como un gráfico vivo de algo.

Le dolió de pronto la cabeza. Y el zigzagueo se aceleró, dibujando una línea quebrada más viva, Se calmó el dolor. Se sintió mejor. Y la línea en la pantalla verde, se hizo ondulada, suave.

Entendió. Era un encefalograma. Alguien medía sus vibraciones cerebrales. Y no sabía por qué ni para qué. Pero la escena le resultó vagamente familiar, aunque sin compararla con el examen físico-mental que en la Tierra se hacía, por ejemplo, a los cosmonautas. No; era algo diferente. Pero creía recordar una situación semejante a ésta, sin saber por qué.

Entornó los ojos. Le preocupaba aquello. Le preocupaba lo que estaba sucediendo, que hablaba de seres inteligentes, de estudio de su propia naturaleza. Le estaban examinando como se examina un insecto al microscopio. El insecto era él. ¿Quién o quiénes eran los

examinadores?

Esa pregunta era inquietante. Esa pregunta, además, no tenía clara respuesta. Y temía saberla, cuando se enfrentase a la realidad. La realidad de unos seres nuevos, desconocidos en un planeta lejano. ¿Qué planeta, qué criaturas, cuál sería su mentalidad...?

Lowsky se mantuvo quieto, en relax completo. Profundamente pensativo. Preocupado, haciéndose mil interrogantes a sí mismo. Aun sabiendo que no podría responderlas hasta saber algo más. Aunque a veces, asustado, creía tener respuesta para todo. Pero esa sensación era huidiza y, de súbito, volvía a sentirse en sombras, inseguro y por completo ignorante de cuanto le rodeaba. Fuera lo que fuese...

—¿Y Ewa? —musitó entre dientes—. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Dónde estará ahora?

Se formuló la pregunta en voz alta. En la pantalla verde, hubo otra oscilación viva. Cuando pensaba intensamente en algo, las ondas cerebrales se alteraban con nitidez. Ahora, al pensar en Ewa... esas ondas se hacían mucho más intensas y vivas.

—Cielos, no puede haberle sucedido nada malo... —se respondió a sí mismo, inquieto, sintiendo cómo su encefalograma se alteraba notablemente.

Algo sucedió en alguna parte. Hubo como una música lejana, un sonido melódico y profundo. Lowsky irguió la cabeza. Vio que un muro de vidrio se deformaba, se diluía, como si fuese humo cristalino.

Una sombra difusa entró en la cámara diamantina. Una sombra alta, al parecer humana...

Se perfiló. Tomó forma ante él, como una visión borrosa que se hace nítida.

ERA HUMANA.

Perplejo, Lowsky contempló aquella figura increíble. El desnudo escultórico de un hombre altísimo, de piel dorada, de ojos extraños y chispeantes. Resultaba una desnudez digna del cincel de Fidias o Miguel Angel. Un prodigio anatómico. Era un hombre hermoso, atlético y fuerte. Increíblemente alto, acaso más de siete pies...

—Feliz regreso, Lowsky —dijo.

Y el astronauta, asombrado, entendió su voz musical, profunda y grave. Entendió aquellas palabras en su lengua, pronunciadas por el

Extraño de tez dorada.

—*¿Regreso?* —jadeó, perplejo—. Nunca estuve aquí, antes de ahora.

—Lo olvidaste, hombre de la Tierra —suspiró aquella estatua viviente, de arrogante hermosura viril—. Pero sí estuviste aquí… y has regresado. Siempre supimos que regresarías. Siempre, Lowsky…

* * *

Regreso.

Había regresado. Y ellos, siempre lo supieron.

—¿Cómo es posible? —musitó Lowsky, aturdido—. Yo nunca recordé nada…

—Aquí transcurrió mucho tiempo de tu vida, Lowsky. Demasiado, para un hombre de la Tierra. Nuestro tiempo no es el vuestro. Imaginamos lo que te ocurrió. Al volver a tu mundo… todo era diferente, ¿verdad?

—Muy diferente… —suspiró Lowsky, abatido.

—Y tú… tú también eras diferente —sonrió el hermoso caballero dorado.

—Sí. Yo también era diferente. Muy diferente… —alzó sus manos, implorantes—. ¡Pero yo no pedí volver! ¡No quise volver! ¡Ni siquiera recuerdo todo esto que me rodea!

—No puedes recordarlo. No quedó en tu mente recuerdo alguno. Se borró todo de ella.

—¿Por qué se borró?

—Así tenía que ser. Y ella así lo dispuso.

—*¿Ella?* —Lowsky pegó un brinco en su soporte de vidrio—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Quién es ella?

—También la olvidaste —sonrió el hombre de piel de oro—. Tenía que ser así… o nunca hubieras vuelto a tu planeta. La hermosura de tu amada no te hubiese permitido huir de su lado. Ella lo entendió así. Y dispuso que de tu memoria, se borrase toda imagen del planeta,

toda imagen nuestra. Y, desde luego, también la imagen de ella… Sobre todo, la de ella…

—Pero… ¿*quién* es ella? —casi aulló Lowsky, frenético—. ¡No sé nada, no recuerdo nada, ni a ninguna mujer! Miento… Recuerdo a alguien. Alguien que hizo este viaje conmigo, alguien a quien habéis arrebatado de mi lado, no sé aún por qué… También ella es una mujer.

—¿La mujer de tu planeta, Lowsky? —sonrió tristemente el hombre de piel dorada.

—¡Sí, ella! ¡Ewa, mi compañera! ¡Quiero saber qué fue de ella! ¡Quiero saber dónde está ahora!

—Siento comunicártelo, Lowsky. Pero si recordases bien tu pasado en este mundo, sabrías que aquí no se permite la presencia de ninguna criatura hembra, procedente de otros mundos. Y que la Ley de Alfa, es implacable.

—La Ley de Alfa… ¿Quién es Alfa?

—Tú lo sabes bien, aunque no lo recuerdes ahora; Alfa es… ella. La que lo significó todo para ti, durante siglos de tu planeta, mientras viviste en este mundo nuestro… Y Alfa es quien dicta la Ley en el planeta Zor, donde estás.

—Dijiste que no se permite criaturas de sexo femenino en este mundo… —jadeó él—. ¿Qué se hace, entonces, con ellas?

—Se las destruye. Son ejecutadas —suspiró el hombre de oro—. Es la Ley de Alfa.

—¡Ejecutadas! —el horror sacudió a Lowsky—. ¡Entonces Ewa…!

—Sí, Lowsky. Tu compañera, en estos momentos, es ejecutada. Por la Ley de Alfa…

* * *

—Alfa… ¿Quién eres tú?

—La Ley. La autoridad. Quien manda en este lugar,

—Eres una mujer…

—Sí. Soy una hembra. Como tú.

—Una mujer… de oro.

—De oro parece nuestra piel. Ese metal, aquí, no vale nada. Hay cumbres enteras de oro y hay litorales donde la arena vuestra, es aquí grano de oro puro. Todo es relativo, mujer de la Tierra. Todo vale, conforme al valor que se le da. El oro, aquí, es tierra vulgar. Mi piel es dorada, porque así somos nosotros.

—Y has dicho que voy a morir…

—Sí. Debes morir.

—¿Quién lo manda?

—Yo.

—Y tú mandas aquí, Alfa…

—Sí, mando aquí. Por encima de todo y de todos. Alfa es la suprema Ley…

—Tendrás una razón para matarme…

—La tengo. Eres una mujer. Ninguna criatura hembra debe pisar nuestro planeta. Está escrito. Nosotros siempre cumplimos lo que escribimos en nuestras Leyes.

—¿Por qué?

—Porque son leyes. Y el pueblo que respeta y cumple su ley, llega a lo más alto.

—No pregunté eso. ¿Por qué destruir a las criaturas de sexo femenino? No te hago ningún daño…

—Lo harías, con el tiempo —la desnuda, dorada estatua viviente que era Alfa, se movió entre el revuelo tenue, alado casi, de sus gasas flotantes, envolviendo sus formas—. Además tú eres la compañera de Lowsky.

—Lowsky… ¿Qué tiene él que ver con la Ley de este mundo?

—Tiene que ver conmigo —la aurífera forma humana se movió hacia ella. Por encima del tersó brillo dorado de sus mejillas, los ojos de ámbar centelleaban, rasgados y fantásticos. El cabello, era como bronce hilado, cayendo suave sobre los hombros voluptuosamente redondos—. Lowsky es mío.

—Tuyo… —Ewa se irguió, centelleando su mirada—. Mientes, mujer o lo que seas. Lowsky es de la Tierra. Yo también. Viajamos juntos.

—Lo sé. Os atraje yo a este mundo. Sabía que volvería él. Pero nunca imaginé que con una mujer. Lástima que él no recordase nuestras leyes, que no recordase nada… Te hubiera dejado en tu mundo, en la Tierra. Morir aquí, de este modo, es estúpido. E inútil.

—Morir allí, también lo era. No me asusta morir. Es más, lo deseo.

—Ninguna criatura viviente desea morir… salvo los que sufren demencia —se extrañó Alfa.

—Yo no sufro demencia. Pero no me preocupa la muerte. La espero. Siempre la esperé.

—El ser que vive, siempre tiene miedo a morir.

—Yo, no.

—El ser hermoso, mujer o varón, no desea morir.

—Yo, sí.

—¿Qué clase de mujer eres, entonces?

—¿Qué clase de mujer eres tú, que matas a las demás?

Las dos se contemplaron largamente. En un profundo silencio. Alrededor, verdes burbujas luminiscentes, flotaban en el extraño jardín purpúreo. El aire tenía olores balsámicos y extraños. Al pie de Ewa, se abría una piscina de oscuras aguas tersas, como un negro espejo. Ante ella, al otro lado de la piscina, en un podio iluminado fantasmagóricamente, la dorada desnudez de Alfa, se dibujaba, entre revuelo de tules y gasas, reptantes como sierpes cristalinas.

Se miraban aún las dos. Se contemplaban con fijeza. No hablaba ninguna. Era como un mudo reto. Un reto que, inexorablemente, tenía perdido Ewa de antemano. Encima de ella, un celaje límpido, con soles repetidos, desdoblándose en un cénit rosado, formaba una increíble y bella cúpula sobre el paisaje idílico.

—Pareces muy valerosa —dijo por fin Alfa, con arrogancia—. Es como si quisieras humillarme.

—Yo no humillo a nadie. Naci humilde, viví humilde, y esperaba

morir humildemente, en un mundo destrozado. Aquello tenía sentido. Esto, no. ¿Qué razón moral, legal, humana o divina, existe para aniquilarme?

—Te lo dije. Eres mujer. Esto es la Ley. Nuestra ley. Además... está Lowsky. No hay otra compañera para él. Sólo yo, Alfa.

—Lowsky es hermoso —admitió fríamente Ewa—. Pero sólo mientras se mantenga joven. ¿Sabes cómo es él, en realidad?

—Lo sé —sonrió el hermoso, dorado rostro de Alfa—. Lowsky es hermoso. Como él es ahora. Es joven. Como ahora.

—Mientes. ¡Es un anciano! ¡Tiene siglos de vejez encima!

—¿Y aun así le amas? —se burló Alfa, riendo con tono meloso, musical.

—Aun así... le amo. ¿Y tú?

—Yo no necesito tal prueba. Tú eres de la Tierra. El, también. En vuestro mundo, él será siempre viejo. Un anciano que se agotará, muriendo de pura vejez. Aquí, las cosas son diferentes. Vivió siglos enteros de la Tierra. En nuestro Tiempo, sólo son años. No envejeció. No podía envejecer. Aquí, nunca envejecerá. ¿Puedes darle tú algo igual en tu propio mundo?

—No —Ewa inclinó la cabeza—. Yo misma estoy enferma, incurable...

—Tu enfermedad, nada significa aquí. Tampoco la que pueda sufrir Lowsky. No existen enfermedades en Zor. Los virus mueren, las bacterias no existen, los microbios se disuelven en nada... Lowsky, tú, cualquier otro... estáis sanos ahora.

—Es curioso. Resulta irónico que estando llenos de salud... deba yo morir ahora.

—Es la Ley.

—Sí, Alfa, ya sé. Tú, la reina, dictadora o lo que seas, lo dispusiste así. Cumple tu ley. Pero no esperes miedo ni inquietud en mi —la miró, desafiante—. Morir, a veces, es muy dulce. Es el fin de todo. Lo bueno y lo malo. Y yo conocí más cosas malas que buenas. Hubo un tiempo en que morir, hubiera sido una bendición. Ahora no lo es tanto, porque le conocí a él. Lo malo de ciertas cosas, Alfa, es que matando al ser humano, no matas los sentimientos. Lowsky me recordará, viva o muerta. Y si llegó a amarme... me amará aun así. Y

nunca te amará a ti, sabiendo que me destruiste.

—Vana esperanza, mujer de la Tierra… —se burló la dorada estatua viviente, con una musical carcajada—. Alfa posee mágicos poderes que tú ignoras. Alfa puede hacer olvidar a un hombre… incluso quinientos años de su vida. ¿Lo sabías?

—Sí, lo sabía. En algún lugar pasó ese inmenso período de tiempo terrestre. ¿Fue aquí?

—Fue aquí. Nuestra Ciencia está avanzada. Lo suficiente para hacer olvidar todo a un ser viviente. Lo suficiente para hacer regresar una nave, si flota en el espacio. Lo suficiente para cualquier cosa sobre el cerebro humano…

—¿Puedes hacer olvidar… el amor? —dudó Ewa.

—Hice olvidar a Lowsky su estancia en Zor. Y su amor por mí —se burló Alfa.

—¿Te amó alguna vez?

—Me ofendes. El me amó. Fue feliz en Zor. Durante siglos de su vida.

—Quien hace olvidar a un hombre, puede hacerle olvidar incluso sus sentimientos. Acaso nunca te amó. Le hechizaste, eso fue todo, Alfa.

Los ojos de ámbar fulguraron, en el rostro de oro, femenino y hermoso, sobre las formas estilizadas, sensuales, como modeladas en el preciado metal, que el flotante tul dejaba adivinar.

—¡Mientes, traidora y falsa mujer terrestre! —se enfureció—. ¡Le enamoré y gané su corazón! Luego, cuando supe que quería volver a su mundo, le permití el regreso. Pero segura de que volvería… tarde o temprano.

—¿Segura de que volvería… con una mujer? —el sarcasmo asomó a la voz de Ewa.

—No —los ojos relampaguearon, la boca de fruto maduro se frunció, furiosa—. Eso, no. Pero poco importa. Dentro de un momento, apenas alce yo mi brazo… un impulso magnético te lanzará a ese negro estanque, donde invisibles peces transparentes, voraces, te atacarán, apenas sus aguas electrificadas te dejen inconsciente… En sólo unos segundos, nada quedará de ti. Ni siquiera el esqueleto, devorado por los ácidos de ese líquido acuoso…

—Eres cruel, Alfa.

—El que es poderoso, siempre es cruel.

—Y el que ama, siempre odia. El que se siente dueño de alguien, siempre siente celos. Celos y odio son mala cosa. Debes ser tremendamente humana, Alfa. Y por ello mismo, despreciable.

—Tú eres humana también, mujer. ¿Te desprecias a ti misma por eso?

—Sí. Y desprecio a todo lo humano, que no ha sabido sino ser ruin, ambicioso, egoísta, perverso y estúpido. Desprecio a quienes supieron destruirse a sí mismos, como hizo mi especie. Desprecio a los que odian, a los que matan, a los que abusan de su poder. Porque en el fondo, me dan lástima. Como siento lástima de mí misma, por ser mujer, por ser humana, y, precisamente por ello, por ser tan débil, tan poca cosa, tan miserable, dentro de la grandeza de la Creación. Una grandeza que nosotros no nos merecemos en absoluto. Una Creación en la que, lo más bajo, miserable y vil, somos nosotros; tú, yo… y los demás. Sean de Zor o de la Tierra, orgullosa reina Alfa… Ahora, ordena mi fin. No necesitarás dispararme a ese líquido mortal con tus órdenes y tus poderes. Yo misma me arrojaré a él. Pero mi muerte, hermosa y triste mujer de piel de oro, será más tu gran fracaso que tu pobre y mísera victoria…

Dicho esto, Ewa se arrojó a la negra superficie de agua espejeante, donde la Muerte esperaba, silenciosa, su presa.

Conve

Use Microsof



Era un infinito suelo cristalino, como espejo de diamante puro. En él se reflejaba la figura erguida de Lowsky. Y la de su acompañante de piel de oro, moviéndose hacia el fondo, hacia el gran sitial donde reposaba, tranquila, apacible, la desnuda estatua de oro de Alfa, la mujer dorada, envuelta en tules y gasas de sutil e increíble diafanidad.

El paso de Lowsky era firme, seguro. Se detuvo frente a ella, decidido, a alguna distancia. Su voz retumbó en las bóvedas del palacio de cristal:

—Ya he recordado todo, Alfa.

—Lowsky, mi amor...—suspiró ella. Sus labios de miel sólida, dibujaron una mueca sensual—. Veo que vuelves a ser el de antes... el de siempre...

—Pero recordar el pasado, Alfa, no significa olvidar el presente. Los impulsos eléctricos que tu vasallo aplicó a mi mente con la Máquina de la Memoria, revivieron mis ya borrachos recuerdos. Y mantuvieron vivos los actuales. Sé que he vuelto de la Tierra. Sé que allí envejecí, porque consumí quinientos años de mi humana vida en tu extraño mundo lejano. Sé, también, que no vine solo a tu planeta, cuando me hiciste regresar a él.

—No, no viniste solo —convino ella, burlona.

—Ewa. Era mi compañera. ¿Dónde está ella?

—Ante todo, una pregunta, amor. ¿Sientes algo especial por Ewa?

—¡Ante todo una respuesta, Alfa! —rugió él, virulento—. *¿Dónde* está Ewa ahora?

—Tú conoces las leyes de mi mundo. Mis leyes, Lowsky. Toda hembra de especie debe morir. Existen las reproductoras artificiales, las Máquinas de Placer Sexual... Los hombres de Zor tienen cuanto necesitan, sin recurrir a mujer alguna, propia o extranjera...

—¡Sí, maldita y hermosa harpía! —rugió Lowsky, furioso, saltando hacia ella inesperadamente—. ¡Y también estás tú, perra, para disfrutar de la vida, como única mujer de Zor...!

Había brincado hasta la plataforma de su sitial, aferrándola por el cuello, dorado y suave, pese a su esfuerzo por eludir la presa. La agitó, rabioso, y ella gritó:

—¡A mí la guardia, pronto!

Emergieron de varios puntos, precipitándose sobre Alfa y su agresor. Lowsky, furioso, se revolvió, tirando a Alfa contra el suelo. Sus poderosos puños, sus musculosos brazos, enfrentáronse a los adversarios. Hubo un violento choque. Lowsky era duro. Muy duro.

Saltó atrás un dorado personaje, golpeado brutalmente por el astronauta. Fue dando tumbos, maltrecho, con un gemido. Si su apariencia física era en todo de humanos, sus reacciones ante un ataque, también lo eran. Solamente su piel de oro les diferenciaba de los hombres que Lowsky conocía en la Tierra.

Otro que intentó aferrar al astronauta, recibió un seco golpe de codos de éste, y al encogerse, sin aliento, sufrió un nuevo mazazo, que le lanzó a distancia, dando golpes contra los muros de vidrio diamantino.

—¡Quieto, Lowsky! —gritó ella, furiosamente—. ¡No cometas errores! ¡Puedo dar orden de que te maten… y no lo hago!

Lowsky se revolvió, para replicarle algo. En ese momento, hasta cuatro hombres de oro cayeron sobre él. Logró todavía lanzar por los aires a uno, que aterrizó violentamente contra el suelo de diamante. Se quedó allí, quejándose. Pero ya los demás aferraban a Lowsky entre sus brazos dorados. Y un nuevo guardián de Alfa, cayendo sobre él, le pegaba contra la nuca, con su mano abierta.

Lanzó el astronauta un resoplido. Y se quedó inmóvil, a los pies de Alfa, que le miró, jadeante y furiosa.

—Pronto… —musitó con ira—. Llevadle con ella. Que siga su misma suerte…

Y se alejó, decidida, sin añadir una sola palabra más. como una altiva diosa modelada en oro puro, y dotada mágicamente de vida, por algún extraño sortilegio.

* * *

—Lowsky, querido…

—¡Ewa! No, no puedes ser tú…

—Soy yo, Lowsky…

—Ewa… Tú habías muerto. Alfa te sentenció…

—Estoy con vida —miró en derredor—. Y tú también, Lowsky. Prisioneros los dos, sin duda alguna… ¿Has visto el lugar donde estamos?

El alzó la cabeza. Miró en torno. Asintió.

—Sí —dijo en un murmullo—. Ya veo…

Los muros eran altísimos. De color cárdeno, de rígida, dura superficie rocosa. Arriba, casi se unían ambos, bajo un cielo torvo, oscuro. Pero no como el de la Tierra en sus tiempos ya olvidados, cuando habían luna y estrellas. Eran de un lila profundo, acaso por la especial composición de su atmósfera. Hasta tres lunas eran visibles, todas ellas de un lívido tono rosado. Las estrellas tenían matices azules, helados.

—Una especie de desfiladero sin salida. Una grieta en la superficie de este mundo de puro vidrio y carbono, con mares de agua azufrada y fosforescente… —musitó Lowsky—. Sí. Somos prisioneros. Creo que nos enviaron a las Tierras Muertas del Norte… Desterrados. Acaso por una eternidad.

—Lowsky, tú eras el favorito de Alfa, su enamorado.

—Y tú tenías que ser ejecutada, por la ley de Alfa —le recordó él —. ¿Qué sucedió?

—Alfa me iba a arrojar el estanque negro.

—El estanque… —tembló Loswky—. El de los peces carnívoros y las aguas acidas, corrosivas… ¿Cómo te libraste de eso, Ewa? Nunca creí que lo lograras.

—Ni yo misma supe cómo fue. Pero desafié a Alfa. Le probé que no tenía miedo. Incluso que la despreciaba. Y me tiré yo misma al estanque.

—Cielos, Ewa, eres una chica tan valerosa… ¿Qué pasó luego? Sólo con tocar el agua… era la muerte.

—Nunca la toqué. Ya en el aire, recibí los impulsos electrónicos de una descarga enviada por Alfa, para impedir que cayera en el estanque. Me quedé inmóvil, suspendida en el aire, como inmovilizada por una varita mágica. Luego, un impulso extraño me devolvió al suelo, lejos de aquel estanque mortal. Alfa dijo que yo la había vencido. Que no merecía morir. Me indultó. Era la primera hembra

indultada en Zor. Te lo iba a comunicar a ti.

—Y yo... la ataqué. Estúpido de mí...

—Me envió aquí, cautiva, a la espera de su decisión. Luego... luego llegaste tú, con esos hombres dorados... —acarició sus cabellos, su rostro, sus hombros sudorosos—. Lowsky, ¿qué va a suceder ahora?

—No sé, Ewa. No sé... —musitó Lowsky, aturdido, indeciso—. No puedo saberlo... ni lo imagino siquiera. Es una situación nueva para mí...

—Lowsky, tengo miedo...

—No puede suceder nada peor ya. Al menos, a ti. Te salvaste de una muerte horrible. Tal vez a mí, sí me reserve una suerte más cruel, por ofenderla y maltratarla.

—Ella te ama, Lowsky. Te ama desesperadamente, lo he podido comprobar...

—¡Me amó así en el pasado, cuando estuve antes aquí, y olvidé mi larga estancia en Zor. Ahora, ella sabe que te amo a ti... y eso puede sernos fatal a ambos...

—¡Oh, Lowsky, oyendo eso de tus labios, nada puede importarme! —musitó ella, rodeándole apasionadamente con sus brazos, buscando sus labios para besarlos intensa, cálidamente.

Se encontraron sus bocas. El beso fue largo y profundo.

Al retirarse, se miraron a los ojos patética, tiernamente. Fue él quien habló, con voz ahogada, lenta:

—Ewa... Deberías recordar que yo... soy demasiado viejo para ti. Mi ancianidad es de siglos... y nunca podré volver a la Tierra... o seré de nuevo aquella humana piltrafa que conociste a bordo de la nave...

—Lowsky, tú también debes recordar algo... —murmuró ella lentamente—. Yo soy una enferma del Mal de Metzengard. Regresar a la Tierra... significa morir de esa atroz dolencia. En el fondo, somos dos seres desahuciados por la Naturaleza. No podemos volver al mundo que nos pertenece. Sólo podemos sobrevivir en otros mundos, como este planeta. O morir en ellos. Y si estamos juntos los dos, ¿qué importa todo eso? Moriré, si es preciso. Pero moriré feliz, sabiendo que tú sientes algo por mí...

—Más que eso, Ewa. Te amo —y la besó de nuevo.

En aquella angosta grieta, al fondo de los muros basálticos, color cárdeno vivo, bajo las diversas lunas de la noche violácea de Zor, dos seres condenados, dos seres cuya existencia aparecía marcada por la fatalidad, parecieron olvidarse de todo, vivir sólo para sí mismo, un instante supremo y precario, hermoso en su propia incertidumbre.

Los dos parecieron iniciar una nueva vida, aunque se sabían marcados por la Muerte. En la Tierra, o en Zor. Allí adonde fueran, el fin trágico era su destino inexorable.

Pero eso no parecía importarles ahora.

* * *

Alfa retiró sus ojos cansados, ambarinos, del visor flotante, suspendido sobre su lecho. Furiosa, arrojó los frutos plateados y jugosos que sus labios de miel viva paladeaban. Saltó del lecho suave, esponjoso, flotante también.

—¡No quiero ver más! —jadeó, cerrando el circuito de visión que conectaba su receptor con el Foso de los Condenados.

La imagen de ambos seres, Lowsky y Ewa, estrechamente abrazados, bajo las lunas de la noche de Zor, y con sus labios unidos, se borró de la pantalla fluorescente, polícroma y tridimensional.

Agitada, Alfa volvió a su lecho. Se tendió en él, con aire furibundo. De un manotazo, arrojó muy lejos las bandejas irisadas, repletas de pulposos frutos. Rodaron éstos por el suelo, reventándose.

—Se aman... —musitó—. ¡Se aman! No puedo vencerles. ¡Aunque ambos mueran, aunque uno de ellos solamente desaparezca... el amor continuará! ¡Se amarán más allá de la vida, el uno amará al otro, cuando desaparezca para siempre... y ya mi felicidad será imposible! Le he perdido... He perdido a Lowsky... Nunca debí dejarle volver a su mundo. Aquí era feliz. Y yo también... No debió regresar nunca... Nunca... Igual que le atraje a mi mundo cuando capté que era humano el viajero de aquella nave superlumínica, igual que lo recuperé cuando quise, atrayéndole de nuevo a Zor, en su segundo viaje... debí retenerle, destruir su nave, impedir que regresara a su planeta... Pero ya es tarde. Muy tarde. No hay remedio. Los dos se aman. Yo no significo ya nada para Lowsky. Nada...

Sollozó ahogadamente. Sus formas de oro temblaron. Su

epidermis dorada, su turgente cuerpo de sensual carne aurífera, vibró con el llanto que humedecía sus ojos de ámbar límpido, hermoso.

Alfa era desgraciada. La suprema autoridad de Zor, la mujer hermosa de aquel remoto mundo de humanoides dorados e inteligentes, había perdido algo que un humano estima más allá de cualquier valor material: el afecto, la ternura, el sexo, la mutua atracción de un hombre y una mujer, de un ser vivo y racional, de sexo opuesto...

—Aunque lo pierda para siempre. ¡Aunque su amor me venza, más allá de la vida... les haré ejecutar! —resolvió, furiosa—. ¡Mañana morirán! ¡Es el designio de Alfa! ¡Lowsky y Ewa morirán!

Y siguió sollozando, sin que su terrible decisión le sirviera en absoluto de consuelo o esperanza, cara a su futuro.

* * *

—La muerte... ¿Para los dos, Alfa?

—Sí. Para los dos.

—Estamos dispuestos a afrontarla. No tenemos miedo, Alfa.

—Lo sé —les miró larga, pensativamente. Había dolor, angustia, amargura profunda en su dorado y hermosísimo rostro—. Vuestro valor es el que más me asombra y me enfurece, Lowsky.

—No sé si es valor. Pienso, más bien, que es indiferencia ante algo que uno dejó de temer ya, tiempo atrás. No somos valientes, sino resignados. Nos hemos hecho al ánimo de morir, porque virtualmente, somos muertos que viven. Yo, por mis siglos de existencia en este mundo olvidado, desde el cual regresé a la Tierra. Ella, por su dolencia incurable, la que azota a los pocos supervivientes de mi planeta.

—Aun así, me gusta que la gente tenga miedo, que me tema, que implore piedad, clemencia de Alfa.

—Pues no vas a conseguirlo —sonrió fríamente Lowsky. Rodeó con su brazo a Ewa, que le contempló llena de orgullo y de placer, encogiéndose contra él, como buscando su apoyo en el supremo momento.

—Por eso os he perdonado, Lowsky —dijo lentamente la soberbia, altiva diosa aurífera del planeta Zor.

—¿Qué? —exclamó Lowsky, atónito.

—Estáis indultados. Alfa renuncia a que la Ley, su ley, se cumpla esta vez. Ewa y tú sois… libres. Os concedo la vida.

—Alfa…

—Es mi palabra. Y ésa, siempre se cumple en mi mundo.

Luego, calmosa, serena, fría, inmutable como aquellos astros azules que brillaban en el cielo de Zor, el planeta de otra Galaxia, dio media vuelta, y se alejó entre el flotar vaporoso de sus tules y túnicas translúcidas.

Ewa y Lowsky, sin poderlo creer, se miraron. Se unieron sus manos con fuerza. Luego, parecieron buscar en los cielos ignotos de Zor, respuesta a aquel prodigio.

—Salvados… —musitó ella.

—Perdonados —asintió él.

—Esa mujer te ama demasiado para destruirte —dijo Ewa.

—Pero pudo destruirte a ti. Y no lo hizo.

—Es cierto. Lowsky, ¿y ahora? ¿Cuál es nuestro verdadero destino?

—No sé, Ewa. Creo que solamente existe uno: La Tierra.

—¡La Tierra! —retrocedió ella, demudada—. ¡Nuestro destino en un mundo donde tú serás un anciano… y yo una enferma que se convertirá de súbito en… en algo horrible!

—Nadie puede escapar a su destino, Ewa —suspiró Lowsky, moviendo la cabeza, pensativo—. Nadie puede elegir otra ruta que la que marca su propia vida, su naturaleza y su espíritu. Nosotros somos criaturas terrestres, tenemos nuestro propio rincón en el Universo. ¿Cómo huir a esa ley universal?

—Lowsky… —ella entrelazó sus dedos, angustiada—. Lowsky, amor… No deseo morir. No ahora, que te encontré.

—Todo lo que vive, nace y muere. Lo desee o no… debe seguir el inmutable ritmo de todas las criaturas vivientes.

—¡Lowsky, soy joven, muy joven! —clamó Ewa, en un grito desesperado—. Y te amo…

—Ewa, yo soy increíblemente viejo… y te amo —musitó él tiernamente. La rodeó con sus brazos, la atrajo hacia sí. La besó dulce, intensamente en sus labios rojos, suavemente carnosos—. Pero nuestro amor no altera las cosas. Sólo las hace más difíciles…

—Si hubiera un remedio para mi Mal… y un medio de que tu vejez desapareciera…

—Tu dolencia aún no halló medicina adecuada. Mi vejez… existe. He vivido unos largos años, siglos en realidad. Y debo pagar mi tributo. Aquí, en Zor, el prodigio es posible. Alfa sabe que el Tiempo aquí es diferente. Un siglo de la Tierra, equivale a un par de años de Zor. Fuera de aquí, todo eso se altera, el equilibrio se rompe, y las cosas toman su forma original. Ella ha devuelto a mi mente la liberación de los circuitos de memoria que bloqueó al partir yo a la Tierra. Puede volverlos a bloquear, y olvidaría yo todo esto otra vez. Pero eso nada resolvería. La vejez se presentaría de nuevo. Inexorable. Y tu mal iría avanzando, también inexorablemente…

—¿Y quieres volver a la Tierra? ¿Quieres que regresemos a un mundo que será nuestra tumba?

—Hemos de hacerlo un día, tarde o temprano. No somos criaturas de Zor. No podemos vivir aquí. Yo, entonces, viví como amante de Alfa. Era diferente. No te había conocido, y ella me amaba… Ahora, todo cambió. Estás tú, están mis sentimientos hacia ti…

—La Tierra está muerta. Agoniza lentamente… ¿Qué destino es el nuestro allí?

—Agonizar con ella. Pero eso sí, luchar, sin resignarnos. Acaso exista un medio de hacer compatible mi vida con la terrestre. Acaso exista un antídoto contra el Mal de Metzengard… Hay que intentarlo, cuando menos.

—Fracasaremos.

—Es posible. Casi estoy seguro, Ewa. Pero lucharemos. Y eso ya es algo. Es nuestro gran estímulo, lo que llenará nuestras vidas, hasta el día en que se alcance el triunfo… o el fracaso definitivo.

—El fracaso definitivo… es la Muerte —se estremeció ella.

—Claro. Siempre lo supe. ¿Qué decides, Ewa?

—¿Qué puedo decidir? —musitó ella, clavando sus ojos, profundos y cálidos, en el rostro enérgico del astronauta—. Lo que tú digas, Lowsky, mi amor…

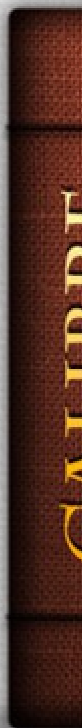
—Gracias, Ewa, vida mía —sonrió él, oprimiéndola con fuerza contra sí—. Gracias por tu fe en mí… y que Dios nos ayude. Volveremos a la Tierra. Es definitivo, Ewa. Para bien o para mal… volveremos.

Y mientras en los ojos de Lowsky brillaba una fría, combativa luz de decisión, en los de Ewa, solamente lucía un fuego interior de resignación, de valor, y de fe en el hombre amado.

Sabía que iba a morir. Pero al lado de él, no le importaba tanto ese trágico destino.

Conve

Use Microsof



La nave estaba a punto.

Lowsky la contempló, en silencio. Ewa peinaba lentamente sus cabellos, frente a un espejo flotante, en el fondo de la estancia cristalina.

Alfa, majestuosa, apareció en la gran terraza asomada a la ciudad central de Zor.

—¿Está decidido, Lowsky? —preguntó.

—Sí —él la miró, pensativo—. Está decidido.

—¿Sin espera alguna?

—Sin espera. Cuanto antes mejor. Las decisiones han de ser así, Alfa.

—Entiendo —ella le contempló desde el fuego de sus pupilas ambarinas. La luz del día de Zor, hacía brillar como seda su epidermis dorada—. Debes odiarme mucho.

—¿Odiarte? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Es todo culpa mía. Tu viaje a Zor, tu ancianidad...

—No, no es tu culpa. Ni mía. Fue nuestro destino. Unió criaturas muy diferentes, conceptos distintos de Tiempos y Espacio. Se rompió la armonía, el equilibrio Universal. Y ocurrió un desastre.

—Fue culpa mía, pese a todo —suspiró Alfa—. Tú... viviste en realidad diez años, no cinco siglos.

—En la Tierra, no se puede explicar eso. El Tiempo manda en nuestras vidas.

—Vas a morir de viejo apenas llegues, Lowsky.

—Lo sé.

—¿No te importa?

—Me duele. Pero no me importa.

—Y ella... —Alfa miró a Ewa sin rencor, sólo con una intensa amargura—. Ella también morirá. Su mal es incurable allí.

—También lo sabe. No le asusta la idea.

—Os admiro. A los dos, Lowsky. Ella tuvo mucha suerte

encontrándote.

—¿Le llamas suerte... a morir? —rió sordamente Lowsky, sacudiendo la cabeza.

—Hay todavía una posibilidad...

—Sí, entiendo. Quedándonos aquí. No, Alfa. No es nuestro lugar. No es nuestro auténtico destino. Somos dos extraños en Zor, dos criaturas diferentes, desplazadas. Y estás tú, además. Tampoco sería justo que tú sufrieras...

—He sufrido ya lo suficiente —ella sonrió despacio, dulcemente. Luego, habló serena—: Aun así... existe una posibilidad, Lowsky.

—Ya te dije que no...

—No es la que imaginas —rechazó ella—. Yo puedo devolveros algo: el derecho a vivir.

—¿Tú? —Lowsky la miró, asombrado—. No posees poderes sobre la Vida y la Muerte, Alfa. No eres una diosa, sino simplemente una mujer de Zor.

—Aún así... puedo devolverte la vida. Y también a ella.

—¿Cómo, podrías hacerlo, suponiendo que lo desearas?

—Borrando de tu ser las huellas del Tiempo terrestre. Llegarías a la Tierra siendo el Lowsky que sólo vivió diez años fuera de su mundo.

—Es imposible...

—Es posible.

—Aunque pudieras hacerlo... está ella, Ewa. Su dolencia terrible...

—La Ciencia es la que puede tener algún poder sobre la Vida y la Muerte. Mi Ciencia, la de mi mundo, es muy superior a la vuestra. Mi Ciencia puede regenerar tus tejidos, rejuvenecerlos para cualquier otro Tiempo distinto. Y mi Ciencia puede curar a Ewa, destruir ese virus que la condena.

—Pero... pero aun siendo eso posible, Alfa... tú no deseas hacerlo con nosotros. No con Ewa, sobre todo...

Alfa le miró dulcemente. Sonreía aún.

—Te engañas conmigo, Lowsky. Supe perder. No hay odio ni rencor en mí, sino una gran tristeza, una profunda melancolía. Puedo hacer lo que te dije. Con Ewa y contigo. Puedo hacer que volváis a la Tierra, inmunes a la enfermedad mortal, inmunes a la vejez... Lowsky no sólo *puedo*... sino que QUIERO hacerlo. Y lo haré.

—¡Alfa...!

—Venid conmigo. Demorad vuestra partida. Lo indispensable. Mis científicos se ocuparán ahora de vosotros. Será un corto tiempo. Luego, podréis partir de regreso a la Tierra...

* * *

La Tierra.

—Lowsky, ya llegamos...

—Sí —dijo roncamente él. La miró, sentado ante el panel de mandos de la astronave—. Hemos vuelto, Ewa. Ese es nuestro mundo. Mira las nubes de ceniza lunar que lo envuelven...

—Dios mío... —apoyó un brazo en él, demudada—. ¿Qué sucederá ahora?

—Ten fe. Todo irá bien.

—Alfa pudo equivocarse. Sus científicos no conocen la Tierra...

—Pero conocieron nuestro organismo, nuestro cerebro, nuestras condiciones fisiológicas exactas. Supieron lo que es la vida en la Tierra. Y ellos hicieron lo que debían.

—¿Puedes posarte justamente donde la vez anterior?

—Exactamente en el mismo punto —asintió el cosmonauta—. Está ajustado el automático de descenso. El selector de latitud y longitud señala las distancias y puntos con exactitud matemática. Iremos a las cavernas de Unkel y su gente.

—Unkel... —se estremeció Ewa—. Contra él no llevamos remedio alguno, Lowsky. Y Unkel me deseaba para él...

—Lucharemos contra él y contra quien sea —sonrió él—. Ahora no nos importa la contaminación. Estamos inmunes los dos. Aunque

nos toquen, el virus muere en nuestro cuerpo. Los anticuerpos creados por los científicos de Alfa... son eficaces durante toda una larga vida.

—Alfa... —Ewa entornó sus ojos, mirando pensativa al inmenso espacio, a las nebulosas lejanas, visibles a través de los cristales de la nave, allá en la distancia infinita del Cosmos—. ¡Qué gran mujer, Lowsky!

—Sí lo es. Una mujer que supo perder con dignidad... y con generosidad sobre todo.

—La recordaré siempre con gratitud. Y con admiración.

—Ella sabe que será así —suspiró Lowsky—. Y nos comprende. Sabía que no era posible. Mi aventura en Zor, tenía que tener un fin. Y lo tuvo. Ella se dio cuenta de que nuestro destino estaba aquí, entre los nuestros. Y supo admitirlo dignamente.

—Quizá gracias a ella podamos gozar de una vida diferente... aun entre esas cavernas horribles, rodeados de seres sometidos a ese espantoso Mal...

—Dios quiera que las vacunas que nos proporcionó Alfa, den resultado aquí —señaló al envoltorio cristalino que les acompañaba, repleto de diversas cápsulas de diferentes colores, todas ellas vidriosas y ovoides—. Nos facilitó las armas imprescindibles para sobrevivir en un mundo hostil. Ojalá den resultado...

—Pero está La Ciudad, Lowsky... —se estremeció Ewa.

—La Ciudad... —los ojos de él se entornaron, con extraña luz. Arrugó el ceño, pensativo—. Sí, Ewa... La Ciudad y su maldita tiranía helada... También yo he pensado ya en eso... y creo que Alfa también, cuando yo se lo referí...

—Pero contra La Ciudad no se puede luchar. Es... es la muerte cierta. Inmediata.

—Veremos, Ewa, veremos... —musitó enigmáticamente él. Y no añadió más.

Luego, la nave avisó con un rojo parpadeo de luz. Descendían.

Iban a posarse en la Tierra.

* * *

La Máquina Pensadora Dos envió una señal apremiante a sus Controles:

—Alarma —avisó—. ¡Alarma! Un extraño ha entrado en La Ciudad…

—¡Imposible! —rechazó el Control Seis, asombrado—. ¡Nadie puede entrar en La Ciudad sin ser advertido!

—Alarma —insistió la Máquina Pensadora—. Formen patrullas de policía inmediatamente. ¡Orden de destrucción total al intruso! ¡Inmediata alarma a todos!

El Control no podía hacer otra cosa que repetir aquel mensaje, a través de todos los medios de comunicación de La Ciudad. Parecía absurdo, pero una de las cuatro Máquinas había dado la alarma. Y ellas siempre tenían razón…

Empezaron a oscilar luces cárdenas. El ultrasonido llevó a todas las viviendas de La Ciudad, el increíble aviso:

¡ALARMA! ¡UN INTRUSO EN LA CIUDAD!

Era totalmente imposible. ¡Tenía que ser imposible!

La Ciudad era hermética, sus controles perfectos, sus defensas inexpugnables, sus calles de lívida luz y fría horizontalidad, inaccesibles desde el exterior.

Pero la Máquina insistía: Alarma. Había alguien en La Ciudad. Alguien que no pertenecía a ella…

Patrullas volantes emergieron de las torres de control. Policías humanos o electrónicos, iniciaron la búsqueda. Palpitaban con viva claridad los reflectores de alerta. Toda la urbe estaba en pie de batalla contra algo o alguien que ni siquiera sabían quién podía ser… ni cómo había entrado allí.

Afuera, en la campiña oscura, sombría, de cenicientos suelos y basálticas rocas, bajo la noche siniestra de un mundo polvoriento, los aullidos de ultrasonido fueron repetidos por las cimas rocosas, y convertidos en sonidos audibles.

Los Contaminados se miraron entre sí, asombrados, incrédulos.

—¡Alarma! —dijo Anura, apartándose de Unkel—. ¿Oíste eso? ¡Alarma en La Ciudad!

—Es ridículo —rechazó él violentamente—. Nunca hay alarma allí.

—Esta vez, sí —señaló a la distancia—. Mira. Se ven reflejos de luces parpadeantes. Están asustados. No sé lo que pueda suceder, pero están asustados, Unkel...

—Cielos, sería hermoso eso —se incorporó, mirando atento hacia el fondo del lóbrego paisaje sin vida—. Pero ¿quién...? ¿Quién podría...?

—No sé quién habrá podido ser. Acaso estén equivocados...

—Ellos nunca se equivocan, Anura —Unkel frunció el ceño. Su rostro reveló determinación—. Sea ello lo que fuere, voy a tratar de saber qué es.

—Unkel, sería peligroso... —musitó Anura, asustada.

—Alguna vez hay que arrastrar el peligro, en vez de esperar aquí la muerte horrible —Unkel respiró hondo, incorporándose con energía, y echando a andar—. Voy a ver qué sucede allá.

—Si te aproximas demasiado... La Ciudad te aniquilará —le recordó ella, patética.

—Descuida. No me verán. O al menos, procuraré que no me vean. Estoy seguro de que podré descubrir algo...

Y Unkel, decidido, resuelto, se movió hacia el horizonte. Hacia La Ciudad...

En ésta, la alarma seguía sonando, incansable.

La búsqueda del intruso continuaba, febril.

* * *

Ewa, angustiada, estrujó sus manos, contemplando la bruñida cúpula cristalina, hecha de puras radiaciones magnéticas, que envolvía La Ciudad.

Ewa podía recordar cuando ella misma era una Contaminada, arrastrando su vida miserable y oscura por el planeta sin luz ni vida. Ahora, se sentía diferente. Con mayor fe y confianza. Esperando que todo resultara bien, y un día aquella orgullosa ciudad hermética, fuese refugio de los hombres, y no de los tiranos que controlaban la escasa vida terrestre.

Estaba preocupada. Tenía miedo.

Preocupada por Lowsky. Miedo por su vida. El había querido iniciar aquella aventura temeraria. Por los demás, no por él. Confiaba en que tuviera éxito. Confiaba en que volviera con vida de su loca excursión a La Ciudad.

Ewa esperaba, sí. Pero nada le decía que esa confianza se vería compensada con la realidad que deseaba. El riesgo, el terrible riesgo de ser exterminado por La Ciudad, era el que ahora planeaba sobre la cabeza de Lowsky.

Y ella no podía hacer nada por ayudarle. Esperar. Solamente esperar...

Esperar algo. Un milagro, tal vez. Porque milagroso sería que Lowsky, dentro de La Ciudad, pudiera llevar adelante sus planes.

Podía escuchar desde allí el sonido de las sirenas, la alarma dentro de la orgullosa y cruel urbe de los científicos y de los superiores. Evidentemente, ya había sido descubierto Lowsky. Ahora empezaba la cacería.

Una cacería que sólo podía tener un final lógico: la. captura del intruso.

Y su muerte.

* * *

—¿Capturado?

El Control, rápido, tomó sus auriculares. Pidió, febril.

—¿Cómo ha dicho, Patrulla Dieciocho? Repita informe...

—Capturado, Control Uno. El intruso ha sido capturado.

—Bien. Entonces, actúen. Llévenlo adonde las Máquinas puedan examinarle. Que decida el Poder.

—Así se hará, Control Uno. El intruso es un humano.

—¡Imposible! Nadie se atrevería...

—El se atrevió. Es Lowsky, el astronauta.

—¡Lowsky! —se sobresaltó el Control Uno—. Había partido ya...

—Ha regresado. Está aquí, en nuestro poder.

—Debimos detectar su regreso, el de su nave...

—Nada se detectó. Pero él entró en La Ciudad. Logró pasar la barrera magnética, sin provocar la alarma. Solamente uno de los Ojos Detectores acusó su presencia en La Ciudad.

—El asunto es grave. Yo informaré. Trasladen al preso a la Torre de la Ciencia.

Cortó la comunicación con la patrulla policial. El Control Uno informó a Máquina Uno. Solamente en circunstancias especiales, de gran transcendencia, era molestada la Máquina Pensadora Uno.

Dio el informe. Hubo un silencio. Luego, la Máquina Pensadora Uno habló:

—Envíen al prisionero a la Cámara Luminosa. Interroguen. Luego, informen. Será ejecutado cuando sepamos cómo llegó y entró, sin ser detectado.

—Bien, señor —afirmó Control Uno—. Será enviado a la Cámara Luminosa. E interrogado debidamente. Luego, se le ejecutará.

Conve

Use Microsof

CALIBRE

Lowsky pestañeó.

Sentía el dolor. Sentía aquella luz terrible, horadando su cerebro, como si leyeran en él. Pero sabía soportar el dolor. Y sabía bloquear su mente contra cualquier poder externo.

—Confiesa cuanto sabes —insistid la voz metálica de la Máquina Interrogadora—. Confiesa, Lowsky.

—No —negó él—. No diré nada. Nunca.

—La Luz te destruirá el cerebro. Arrancaremos tus ideas y recuerdos. Puede durar años este interrogatorio, Lowsky. No hagas peor tu situación. Es más piadoso ser ejecutado inmediatamente. Es tu castigo. El que marca la Ley, por haber profanado La Ciudad.

—¡Es NUESTRA ciudad, la de todos los hombres que sobreviven! —rugió Lowsky, furioso—. ¡Y no diré nada!

—No necesitas decirlo. Piensa. PIENSA. La Cámara Luminosa captará tus pensamientos y los hará imagen y palabra para nosotros. Piensa, Lowsky. Piensa. No te obstines en mantener tus pensamientos aislados.

Lowsky apretó las mandíbulas, furioso. Miró en torno, a los muros acerados de la cámara de interrogatorios. La luz brotaba de todas partes, perforaba sus párpados, su cráneo, hacía bullir su cerebro. Le dolía mucho. Pero resistía. Lo resistía todo.

Repentinamente, unos calambres agitaron dolorosamente sus miembros. Una forma de tortura electrónica, aplicada a su cuerpo por el Interrogador.

No se quejó. Ni dijo nada. Ni pensó. La Luz aumentó su intensidad, haciéndole revolcarse dentro de la cabina.

—Piensa —repitió, monocorde, el Interrogador—. Piensa... PIENSA...

Y Lowsky luchaba. Lowsky no pensaba. No quería pensar.

* * *

Respiró, con alivio. Se pasó la mano por sus cabellos empapados.

—La tortura no terminó —dijo la voz metálica—. El interrogatorio, tampoco. Seguirá. Sólo tienes un breve descanso para que medites lo que te conviene y veas lo agradable que es no sentir dolor, Lowsky…

El, furioso consigo mismo, sacudió la cabeza. No iba a ceder. Nunca.

Pensó en Ewa. Ella estaría esperándole. Más allá de aquella celda diabólica. Más allá de La Ciudad. Procuró no pensar más. Si lo hacía, ellos localizarían a Ewa, al traducir sus pensamientos. Y le harían daño. La aniquilarían.

Había sido demasiada osadía entrar en La Ciudad. Ewa se lo dijo. Pero tenía que hacerlo. Tenía que probar que el sistema no era tan perfecto, tan inviolable. Y lo había logrado. Si al menos, ellos se enteraran… Ellos, los Contaminados. En su desesperación, podrían atacar la urbe, dominarla, ocuparla, destruyendo la tiranía…

Lowsky suspiró. Recordó algo que le dijera Alfa, allá en Zor, antes de su regreso a la Tierra, ya curado de su mal de vejez de siglos, lo mismo que Ewa de su dolencia mutante.

—Si te encuentras en algún apuro grave, Lowsky… recuerda uno de los recursos que te concedo para este viaje de retorno a tu mundo. Recuérdalo en tu peor trance, y puede ayudarte mucho…

Lowsky lo recordó ahora.

Acaso no tendría validez en esta ocasión, pero, ¿y si realmente la tenía? Eso sería quizá providencial…

Sin moverse, sin revelar nada anormal que pusiera en guardia a sus implacables interrogadores, a los invisibles inquisidores de La Ciudad, Lowsky dirigió sus ojos a sus dedos. Contempló, como fascinado, el anillo de piedrecitas azules que rodeaba su dedo anular, en la mano izquierda.

El regalo de Alfa. El objeto a que ella aludía, para las situaciones graves, extremas. Pero, ¿qué hacer con él?

Todo eran incógnitas. Pero Lowsky estaba decidido a intentar lo que fuese. Y lo intentó. A la desesperada.

Su mano derecha extrajo el anillo. Lenta, pausadamente. Luego, lo presionó brutalmente entre los dedos. Se hizo dos pedazos, con un seco crujido. Quizá era una tontería hacer esto, pero no se le ocurrió otra cosa.

No sucedió nada. Irritado, tiró con rabia los dos fragmentos contra la pared...

Inmediatamente, sucedió.

* * *

Ocurrió lo más fantástico e increíble. Sucedió, lo que ni él podía esperar... ni en La Ciudad podían imaginar.

El anillo roto golpeó el muro metalizado, luminiscente. El impacto, fue mágico. O, cuando menos, lo pareció.

Hubo una formidable llamarada, y el muro se hizo añicos, desprendiéndose con rapidez, y dejando un hueco amplio por el cual escapar. La luz se extinguió, y se percibió un chisporroteo continuado, en torno suyo. Cables, circuitos y controles, en torno a la cabina, se redujeron a la nada, en una avería grave y profunda.

Lowsky, con rapidez, se lanzó por ese hueco, decidido. En una cámara contigua, estaba todo cuanto él había tenido sobre sí, en el momento de ser capturado por policías herméticos y por vehículos flotantes, sin tripulación, accionados a distancia, pero dotados de armas letales que le reducían a la impotencia.

Se vio obligado a rendirse y entregarlo todo sin lucha, porque aquellos policías gélidos y extraños, de uniformes brillantes, metalizados, rostros inexpresivos y dureza implacable, poseían armas magnéticas, como aquellas bandas que le arrojaron encima y que como vivas sierpes de metal, se enroscaron en torno a su cuerpo, inmovilizándolo.

Ahora, los policías no se movían. Estaban allí quietos, vigilantes. Rígidos, inmóviles como marionetas. Lowsky les contempló, perplejo. Luego, tuvo una idea. Se aproximó a ellos, tras quitarles las armas de sus cinturones, sin que ninguno se moviera. Era como si sufrieran un colapso o un sopor extraño, en pie.

Retrocedió, aterrado, al escuchar los chisporroteos apagados, DENTRO de los cerebros de aquellos agentes de la policía extraña de La Ciudad.

¡Eran robots humanos! ¡Seres vivientes dotados de cerebro electrónico!

Y la descarga de la providencial sortija, sin duda provocó un corto circuito que paralizó toda la energía electrónica en La Ciudad, o en un gran sector de ésta. No funcionaban los sistemas de alarma, ni se percibía ruido o movimiento alguno.

—Dios mío... —musitó, tomando su bolsa de cápsulas, y saliendo con ella a las calles lívidamente alumbradas y vacías de peatones—. Seres humanos de cerebros mecánicos... Robots humanos... Criaturas vivas, transformadas en máquinas... obedeciendo sólo a controles remotos... Es espantoso...

Corrió por las calles desiertas. Observó que nada funcionaba; ni sistema de alerta, ni Ojos Detectores, ni cortina magnética siquiera. Asomó al exterior, a la oscura noche.

Y entonces se encontraron ambos.

—¡Lowsky!

—¡Unkel!

Se miraron como dos tigres a punto de saltar y despedazarse mutuamente...

* * *

Nada de eso sucedió. Lowsky extendió su mano. Unkel la suya. Se la estrecharon con calor.

—¿Por qué volviste? —jadeó Unkel—. ¿Qué pretendes? ¿Qué haces ahí dentro, en La Ciudad?

—Es largo de contar, Unkel —le tendió una vacuna gelatinosa—. Traga eso.

—¿Qué es?

—El antídoto. Termina con el Mal de Metzengard.

—¡Imposible! —los ojos de Unkel brillaron, dilatados.

—Es lo cierto. Un remedio creado en otro planeta. Ewa y yo estamos inmunizados ya.

—Lowsky... —miró la cápsula. La ingirió—. Si es cierto... bendito seas para siempre. Es la salvación de mi pueblo...

—Es algo más, Unkel. Pero actúa de prisa. Llama a todos. Que vengan. Hay que invadir La Ciudad, romper circuitos, desconectar controles… He descubierto el gran secreto de esta urbe maldita.

—No te entiendo…

—Todo son máquinas. Robots, cerebros electrónicos, energía, circuitos… Si eso falla, se paraliza todo. Pero eso se reparará por sí solo. Tardará un tiempo, no mucho. Y todo volverá a ser como antes. Hay que evitarlo.

—Sí, pero, ¿cómo, Lowsky?

—Trae a toda tu gente. Dales la vacuna. Venid y ocupad la ciudad. Yo destruiré algunos circuitos más, eliminaré sistemas electrónicos… Tengo unas cápsulas explosivas, y otras anti-eléctricas. Alfa intuyó mejor que yo lo que sucedía aquí, y me dio las armas adecuadas.

—¿Alfa? ¿Quién es Alfa?

—Ya lo sabrás, Unkel. Ahora no hay tiempo. Ve y actúa. Os necesito pronto aquí. A todos vosotros.

—Sí, Lowsky. Vamos allá… y que Dios te ayude. ¿En cuanto a Ewa…?

—Ella está a salvo. Ya vendrá a su tiempo. Si crees que te pertenece, yo…

—Hay otra mujer en mi vida, Lowsky —sonrió Unkel, iniciando la marcha hacia las negras montañas—. A fin de cuentas… si Ewa te prefirió a ti, no sería justo ir contra su voluntad de mujer.

Se alejó rápidamente.

Lowsky, una vez solo, volvió hacia la luminosa ciudad, ahora completamente quieta y sin sonidos. Tomó cápsulas gelatinosas explosivas. Fue aplicándolas a centros computadores, a centrales de energía, a controles electrónicos…

Iban estallando, a medida que cruzaba la urbe de un lado a otro. Y nuevos sectores se extinguían de luz, dejando la ciudad en penumbras. Comenzó a hacer frío, penetró polvo ceniciento en sus calles asépticas…

Así regresó Lowsky a la Torre de la Ciencia. Así llegó arriba. A la Gran Cámara de las Máquinas Pensadoras.

Y se enfrentó con el auténtico poder tiránico de aquella fría ciudad.

Cuatro enormes máquinas provistas de complicadísimos circuitos. Cuatro supercerebros electrónicos, que habían llegado a dominar totalmente La Ciudad. Y hasta lo poco que quedaba del planeta Tierra y su Humanidad...

Respiró hondo. Situó hasta ocho cargas explosivas bajo los complejos circuitos. Se retiró. Cuando llegaba de nuevo a las calles luminosas, percibió las explosiones en cadena.

Se resquebrajó la Torre de la Ciencia. Se vinieron abajo toneladas de metal, de circuitos, de "memorias" electrónicas, cuatro colosos de la Cibernética, aniquilados, a fin de cuentas, por su verdadero creador: el Hombre, que nunca pensó en llegar a ser vencido a su vez, por la técnica que él dominó...

—Espero que la historia nunca se repita —musitó Lowsky roncamente—. Nunca más...

* * *

—Es como vivir de nuevo, Lowsky. Y todo gracias a ti...

—Di más bien gracias a un lejano planeta del que quizá nunca oigan hablar los demás hombres —sonrió Lowsky, mirando al cielo nuboso y triste. Luego, miró en torno, a todos los hombres de la tribu de los Contaminados. Hombres y mujeres radiantes, con una felicidad nueva, con una sonrisa desconocida en sus rostros, con una luz recuperada en el fondo de sus pupilas. Andando de un lado a otro. Dueños y señores ya de La Ciudad. Eligiendo alojamientos, disponiéndose a reparar lo destruido... pero de un modo que no crease peligros en el futuro.

—De no ser por ti, ese lejano planeta nada hubiera hecho por nosotros —le recordó Unkel, emocionado, abrazando a Anura—. Es increíble. Sanos, felices... y dueños de nuestras vidas, de nuestros destinos, de nuestro futuro...

—Ahora, sólo falta que entre todos aprendamos la dura lección, e iniciemos una nueva forma de vida, mejor y menos egoísta que hasta hoy —dijo Lowsky, pensativo.

—Así será, estoy segura —habló Ewa, oprimiendo con calor las manos de Lowsky entre las suyas—. Así será esta vez…

—Reconstruir esto, llevará tiempo. No habrá más máquinas pensadoras. Pensaremos nosotros por ellas. Edificaremos un mundo nuevo, humilde, digno, humano ante todo —la voz de Lowsky sonaba profética, cargada de energía y vitalidad—. Y elegiremos alguien que nos gobierne con sabiduría, como los viejos patriarcas…

—El elegido no hay duda de quién va a ser —sonrió Unkel.

—¿Tú, sin duda? —indagó Lowsky.

—Cielos, no. El hombre que demostró ser nuestro líder y salvador. El hombre de más veteranía aquí. Un hombre… viejo de siglos —y rió jovialmente la broma.

—¿Yo? —se asombró Lowsky—. ¡Oh, no!

—No podrás oponerte. Todos te elegirán a ti, estoy seguro.

—Sí, Lowsky —susurró Ewa—. No puedes negarte. Ellos saben que eres el mejor. Lo sé yo. Y lo sabía Alfa, allá en Zor, cuando te concedió la vida, la libertad… y la posibilidad de liberar a tu pueblo…

Lowsky iba a protestar. Pero Ewa le hizo enmudecer, tapando sus labios.

Los tapó ella del mejor modo que conocía para ello; con sus propios labios.

Y Lowsky supo que no había remedio. Que aceptaría el liderato, el patriarcado de la nueva y pujante Humanidad, enfrentada a su propio destino…

F I N